

ECHEVERRÍA, ESTEBAN (1805-1851)

*LOS CONSUELOS*

ÍNDICE:

- I - El pensamiento
- II - Lara o la partida
- III - Estancias
- IV - Luna naciente en el mar
- V - Simpatía
- VI - Recuerdo
- VII - Profecía del Plata
- VIII - Imitación del inglés
- IX - El poeta enfermo
- X - Deseo
- XI - Éxtasis
- XII - Ruego
- XIII - Contestación
- XIV - La historia
- XV - Adiós
- XVI - Crepúsculo en el mar
- XVII - Mi destino
- XVIII - La melodía
- XIX - Los recuerdos
- XX - Imitación del inglés
- XXI - A la independencia argentina
- XXII - Mi estado
- XXIII - El impío
- XXIV - Él y ella
- XXV - Adiós en el mar
- XXVI - Estancias
- XXVII - El regreso
- XXVIII - El infortunio en el mar
- XXIX - Al clavel del aire
- XXX - El cementerio
- XXXI - Melancolía
- XXXII - La noche en el mar
- XXXIII - En celebridad de mayo
- XXXIV - A María
- XXXV - Coros
- XXXVI - Coros
- XXXVII - Layda

Qui no es trist de mes dictats no cur,  
o en algun temps que sia trist estat.  
–Ausias March

No vea mis escritos quien no es triste,  
o quien no ha estado triste en tiempo alguno.  
–Traducción de Luis de León

Al señor  
Don Felipe Piñeyro  
Testimonio de gratitud y aprecio  
–E. Echeverría

I

## EL PENSAMIENTO

¡Oh flor de alta fortuna!  
–Rioja

Yo soy una flor oscura  
de fragancia y hermosura  
despojada;  
flor sin ningún atractivo  
que sólo un instante vivo,  
acongojada.

Nací bajo mala estrella;  
pero me miró una bella  
enamorada,  
y me llamó pensamiento  
y fui desde aquel momento  
flor preciada.

No descuello en los jardines  
como los albos jazmines  
o las rosas;  
pero me buscan y admiran  
me contemplan y suspiran  
las hermosas.

Si me mira algún ausente  
que de amor la pena siente,

cobra vida;  
y es feliz imaginando  
que en él estará pensando,  
su querida.

Yo soy grata mensajera,  
que bajo forma hechicera  
voy volando,  
a llevar nuevas de dicha,  
al que vive en la desdicha  
suspirando.

Emblema del pensamiento,  
del amor y el sentimiento,  
mi destino  
es deleitar al que adora,  
y consolar al que llora  
peregrino.

## II

### LARA O LA PARTIDA

A D. Y. P.

Fare thee well! and if for ever  
still for ever, far thee well;  
—Byron

## 1

Tendido el lino la veloz barquilla  
mueve en el Plata su ligera quilla,  
al rayo matutino,  
y por la faz undosa engalanada  
se desliza del céfiro halagada  
llevando al peregrino.

Al bajel llega, que arrogante oprime  
del río el seno, que a su lado gime,  
y airoso se pompea,  
pronto a surcar por el cerúleo llano  
ostenta al aire su vigor ufano,  
y sus alas ondea

En el soberbio alcázar ya domina  
del cómitre la voz y a la marina  
gente imperiosa llama,  
que con mustios acentos velozmente  
da los linos al aire, o tristemente  
en los mástiles clama.

Los hinche en globo el bonancible viento  
y divide las aguas al momento,  
en círculo espumoso,  
la prora murmurando resonante,  
y el alcázar del piélago nadante  
levantando vistoso.

Reclinado en el borde, con mejillas  
enjutas pero tristes, las orillas  
de su patria contempla  
Lara perderse, cual coposo monte,  
en el lejano y diáfano horizonte  
y su laúd dulce templa.

Dolor siente en el alma, mas sereno  
brilla su rostro, que apuró el veneno  
de congojas mortales,  
y temprano aprendió del sentimiento  
a sofocar las ansias o el contento,  
al corazón fatales.

Preludió al fin la melodiosa lira,  
y recordando de la suerte agravios,  
el adiós tierno que la ausencia inspira  
modularon sus labios.

2

El halagüeño júbilo del mundo  
volver no puede al corazón burlado  
la bella imagen de ilusión querida,  
que voló fementida.

Pierde la flor su púrpura y su nieve,  
su aroma grato y su verdosa pompa;  
así se agosta el esplendor lozano  
del corazón temprano.

Se rompe el velo mágico que al alma  
pintaba glorias, esperanzas dulces,  
cuando aun risueños los floridos años  
brindan amor y engaños.

Fuese el encanto de mis bellos días,  
fuese la lumbre de mi albor lúcido  
y sólo es dado a mi enojosa vida  
sentir gloria perdida.

Mas ¿qué es sentir cuando el prestigio grato,  
que embellecía la existencia ha muerto,  
e inexorable, aterrador destino  
del bien cierra el camino?

Dulce esperanza, celestial imagen  
vuelve a mi mente su divino fuego,  
disipa un tanto la tiniebla umbría  
que cerca el alma mía.

Tú me alentaste cuando el crudo anhelo  
de la congoja marchitó mis días,  
tú del regazo de mis tristes lares  
me llevas a los mares.

Por ti mi patria y mis amores dejo  
y en las regiones de la tierra extrañas  
voy a buscar a mi ansiedad consuelo,  
llena el alma de duelo.

Grata fue un tiempo a mi vivir la suerte,  
brindome un tiempo deliciosas horas,  
que sueños fueron de ilusión falaces,  
sombras de bien fugaces.

En flor marchitas contemplé mis glorias  
y sumergido el corazón de entonces  
en triste noche, solitario abismo,  
se consume a sí mismo.

¿Qué vale al pecho el palpitar de gozo  
en el regazo de su dueño amado,  
qué al alma vale el halagüeño encanto  
que idolatraba tanto?

Si el placer vuela, el infame hechizo

se desvanece, cual la lumbre fatua,  
cuando al deleite la pasión apura;  
y el sentimiento dura.

Vanos placeres, deliciosos lazos,  
que al albedrío encadenáis tan dulces,  
adiós por siempre, ya de vuestro halago  
huyo libre el estrago.

Adiós amores, de la vida rosas,  
que exhaláis grato vuestro aroma, un día  
y perdéis luego el poderoso hechizo  
que delirar nos hizo.

Y tú también angelical criatura,  
guarda celeste de mi triste vida  
que yo vi en sueño y en feliz instante  
pude llamar mi amante.

Tú que supiste embelesar mi mente,  
tú que las ansias de mi amor pagaste,  
que el dulce néctar del amor me diste  
y dichoso me viste.

Tú que sentías como yo sentía,  
que a un solo acento de mi voz gozabas,  
que en lo secreto de mi pecho vías  
y conmigo sufrías.

Tú, en cuyos brazos sin contar las horas  
pasé la flor de mis lozanos días  
embebecido en éxtasis glorioso  
de deleite amoroso.

Adiós por siempre, el inhumano tiempo  
nuestras delicias devoró enemigo,  
segó mis dichas, sin cesar me aqueja  
y de ti al fin me aleja.

3

Brotaron una lágrima los ojos  
de Lara enternecido,  
al despertar de nuevo las memorias  
de tan cumplidas glorias,

del tiempo avaro míseros despojos;  
cayó su mano de la dulce lira.  
espiró el canto y su ánimo abatido  
quedó en tristes ideas sumergido.  
desde la orilla, acaso, alguna bella,  
con inquieto mirar, siguió la huella  
del bajel que volando se alejaba  
y su esperanza y corazón llevaba.

### III

#### ESTANCIAS

Heureux ceux qui n'ont point vu la fumée  
des fêtes de l'étranger, et qui ne se sont assis  
qu'aux festins de leurs pères!  
–*Chateaubriand*

Feliz aquel que de su patrio suelo  
contempló sólo el halagüeño cielo  
y libre de pesares,  
vivió seguro del cariño amante  
de la beldad que idolatró constante  
en sus paternos lares.

Nacen sus días sin cesar serenos  
de gozo puro y de esperanza llenos,  
dulcemente halagados,  
y, como en valle arroyo cristalino,  
corren sin agitarse a su destino  
por entre bellos prados.

El borrascoso mar de las pasiones  
su corazón no mueve, ni ilusiones  
de bien frágil y vano  
brindan a su serena fantasía  
de fugaces deleites la ambrosía  
con fementida mano.

De la ambición se ríe prepotente  
que se engolfa contino en la corriente  
de la varia fortuna;  
ni acibaran funestos desengaños  
la dulcífera copa de sus años

con su hiel importuna.

¡Quién me diera los días venturosos  
que a mi anhelo ofrecían deliciosos  
placeres sin mudanza,  
cuando todo a mi vista era risueño  
y mi existencia grata un largo sueño.  
de gloriosa esperanza!

¡Quién diera a mi agitado pensamiento  
la dulce calma y el feliz contento  
que disfrutaba un día!  
¡Quién por lo bello el entusiasmo ciego,  
la pasión noble y el divino fuego,  
en que mi pecho ardía!

¡Quién sentir cual sentí, o el llanto largo  
que embalsamaba el sentimiento amargo  
del corazón herido!  
Quién a mi juventud su lozanía.  
¡Marchita en flor sin esperanza y fría!  
¡Quién el ser lo que he sido!

¡Si al menos a piedad movido el cielo  
con la angustia voraz diese el consuelo  
del olvido a la mente!  
Mas por siempre la imagen ilusoria  
vaga del bien perdido en la memoria,  
cual si fuera presente.

El astro de mi vida se ha eclipsado  
y muerto a la esperanza, desolado,  
el porvenir oscuro  
aparece a mi vista, cual desierto,  
o borrascoso piélago sin puerto  
donde arribar seguro.

Mi corazón un tiempo palpitaba  
al mirar la hermosura y adoraba  
su irresistible encanto,  
amó también y en amorosos lazos  
se gozó insano y apuró en sus brazos  
deleite sacrosanto.

Mas disipose todo y la amargura,  
el recuerdo fatal tan solo dura

y aviva el sentimiento  
del triste corazón que aún inflamado  
de amar, sentir o aborrecer privado  
no halla, no halla alimento.

Todo he perdido; en mi insensata mano  
las flores de la vida (soplo vano)  
todas se han deshojado  
Y confusos y atónitos mis ojos  
sólo contemplan míseros despojos  
del huracán pasado.

Ven a mis votos silenciosa muerte  
y en reposo feliz la ansia convierte  
con que me aqueja el tiempo y el destino,  
ven me arrebatada donde no se siente:  
así cantaba de su patria ausente  
por consolarse un triste peregrino.

#### IV

#### LUNA NACIENTE EN EL MAR

Subir veo lentamente  
la nítida y blanca luna.  
–Goethe

Velado el horizonte  
de un capuz nebuloso,  
purpúreos resplandores  
nacen de entre su cerco tenebroso.

Con lentitud se avanzan  
el espacio ocupando,  
y los cielos y tierra  
de luminosos rayos inundando.

Disípanse las nubes  
del vasto firmamento,  
que de nuevo se cubre  
de variado y magnífico ornamento.

Y las estrellas mustias,  
trémulas centellean,  
y parece abandonan

el lobregoso alcázar que hermocean.

Coronada de luces  
la luna se aparece;  
cual reina de la noche  
en su cerúleo trono resplandece.

Contéplase gozosa  
en el mar transparente,  
que mueve sus cristales  
con majestad serena e imponente.

En calma la natura,  
parece adormecida,  
y su faz macilenta  
a meditar al pensador convida.

Renacerá la Luna,  
y tras ellas los días  
circularán veloces,  
llevándose las esperanzas mías.

V

### SIMPATÍA

Si lloras, lloro contigo;  
alégrame tu contento;  
lo mismo que sientes, siento.  
—Tirso de Molina

Cuando inciertos giras  
esos ojos bellos  
y que tus cabellos  
flotan sin disfraz,  
cuando mustia miras,  
mi rostro se viste  
con el velo triste  
del pesar voraz.

Mas cuando halagüeña  
contento respiras  
y el aroma espiras  
de lozana flor,

entonces risueña  
se goza mi mente  
y en pasión ardiente  
me abraza el amor.

Así en tu alegría  
mi seno palpita  
y también se agita,  
si sufres pesar;  
así en armonía  
vibran las pasiones  
de los corazones  
que saben amar.

## VI

### RECUERDO

In vain, alas! in vain.  
—Campbell

En vano busco la mujer hermosa,  
imán de mi alma, que llenó mis días  
de tiernas ansias, deliciosos sueños,  
de amor y dichas.

La busco en vano, que doliente siempre  
voz ominosa de la negra tumba  
burla mi anhelo y me responde triste:  
«Aquí se oculta».

Se oculta sí... ¿mas sempiterna noche  
cubrirá el lecho do mi amor descansa?  
¿No verá un ángel que moró en la tierra  
la luz de otra alba?

Pero qué importa, si su imagen bella  
mientras yo aliente vivirá en mi pecho,  
do el aura aspira que a los serafines  
destina el cielo:

hasta que airada la insaciable muerte  
corte la trama de mi frágil vida,

una mis restos a los suyos caros  
y todo extinga.

## VII

### PROFECÍA DEL PLATA

Se conmueven del Inca las tumbas.  
-López

Cuando con garra impía,  
audaz el león de Iberia y arrogante,  
el nuevo mundo así  
y su fuerza pujante  
dominaba en los piélagos de Atlante.

Cuando sus naos, preñadas  
de avaricia y furor, lanzaba España  
a las tierras domadas  
y a las playas que baña  
el raudo Plata a vomitar su saña.

El portentoso Río,  
enfurecido al ver tanta osadía,  
terrible y sombrío  
su ceño mostró al día  
por revelar aquesta profecía.

«Tiranos alevosos  
gozaos, gozaos en la obra pasajera  
de designios odiosos,  
que ya se acerca la era  
a vuestro orgullo y suerte lastimera.

Gozaos sí, que esta tierra,  
de vuestro cetro inicuo fatigada,  
acudirá a la guerra,  
y será quebrantada  
vuestra arrogancia y a su vez domada.

Ya la lumbre fulgente  
veo de mayo alzarse por la esfera  
y la turba insolente,  
que vuestra ley venera,

se aturde al verla cual si rayo fuera.

El Argentino entonces  
tremola el estandarte victorioso,  
y los tremendos bronce,  
y el acero filoso  
anima con su aliento rencoroso.

Las cadenas quebranta  
que oprimen a la Patria moribunda  
y su cerviz levanta  
airada y tremebunda,  
que conturba la hueste furibunda.

Su voz trueno potente  
y a los pueblos concita a la venganza  
de todo el continente,  
que acorren sin tardanza  
a las furiosas lides y matanza.

Del Sud en las regiones  
la libertad arbola su estandarte  
y divinos blasones  
a sus hijos reparte;  
marcial aliento les infunde y arte.

¿No miráis cómo el trueno  
que se enciende en mis márgenes de plata,  
de muerte y rencor lleno,  
por el Sud se dilata  
y vuestros solios rompe y desbarata?

¿No escucháis cuál retumba  
en los Andes con hórrido estampido,  
y conmueve la tumba  
del Inca que ofendido  
del polvo se alza de furor ceñido;

y a sus hijos convoca  
y a su progenie toda a la venganza  
con su acento provoca,  
que ardida se abalanz  
al campo y vuela con espada y lanza?

¿No veis cuál se encamina  
por el indiano suelo desprendiendo

mil rayos que fulmina,  
a polvo reduciendo,  
y a cenizas vuestro León tremendo?

Temblad, temblad tiranos  
que oprimís a la América inocente,  
con aceradas manos,  
temblad, que ya el torrente  
de asolación desata mi corriente.

Cual rayo amenazante  
que de la parda nube se desprende  
y ardiendo fulminante,  
con ímpetu desciende,  
deslumbra, aterra, despedaza,

así con saña airada  
desplomará su furia y vehemencia  
y será desquiciada  
vuestra vana insolencia  
caduco poderío, omnipotencia.

Y el vasto continente,  
de vuestro vil dominio libertado,  
gozará independiente  
el venturoso hado  
a su heroísmo y gloria reservado».

De mayo el sol brillante,  
se mostró al Argentino y confundido  
huyeron al instante  
los bandos atrevidos,  
por sus valientes haces perseguidos.

Y como astutos lobos,  
que bravos cazadores acecharon  
devorando sus robos,  
al verlas se pasmaron  
y la sangrienta presa abandonaron.

## VIII

### IMITACIÓN DEL INGLÉS

Y con eterno eclipse

cubrió sus bellos ojos.  
-Lope de Vega

Salid, salid del pecho  
sollozos y gemidos.  
Del fatídico bronce  
los lúgubres sonidos,  
acompañen tan solo  
el llanto y los suspiros.  
Marchitose temprano  
el rozagante lirio,  
la cándida azucena,  
del argentino río.  
De sus hermosos ojos  
el espléndido brillo,  
la noche del sepulcro  
por siempre ha oscurecido.  
De su belleza rara,  
de su candor divino,  
de tantas perfecciones  
no quedan ni aún vestigios.  
¡Oh muerte inexorable!  
¿Cómo, cómo has podido  
destruir en un instante  
este tierno arbolillo?  
Él era de sus padres  
la delicia y cariño,  
la vida y la esperanza  
de un corazón cautivo;  
y cuando prometía  
tantos frutos opimos,  
te gozas inhumana  
de un golpe en abatirlo.  
Lloremos, pues, lloremos  
el mísero destino,  
de la flor malograda  
del Argentino río.  
Salid, salid del pecho  
sollozos, y gemidos.  
Y tú ángel que habitas  
el estrellado Empíreo,  
si nuestras ansias oyes,  
contémplanos benigno  
y ayúdanos un tanto,  
con tu influjo divino,  
a soportar tu pérdida

y el dolor que sufrimos.  
Salid, salid del pecho  
sollozos y gemidos.

## EL POETA ENFERMO

(A mi hermano D. J. M. E.)

¡Oh juicio divinal!  
Cuando más ardía el fuego  
echaste el agua.  
—Jorge Manrique

El sol fulgente de mis bellos días,  
se ha oscurecido en su primer aurora,  
y el cáliz de oro de mi frágil vida  
se ha roto lleno.

Como la planta en infecundo yermo  
mi vida yace moribunda y triste,  
y el sacro fuego, inspiración divina  
devora mi alma.

¡Don ominoso! En juventud temprana  
yo me consumo, sin que el canto excelso,  
eco sublime de mi dulce Lira,  
admire el mundo.

Gloriosos lauros las divinas musas  
me prometieron, y guirnalda bella  
a la sien tierna de la Patria mía  
yo preparaba.

Mas el destino inexorable corta,  
con mano impía, los frondosos ramos;  
que el frío soplo de dolencia infausta  
hiela mi vida.

Un foco inmenso de divinos ecos  
mi alma era un tiempo, que al activo soplo  
de las pasiones, exhalaba ardiente  
voces sublimes.

Cuanto tocaba en su celeste fuego  
la enardecía; el universo todo  
armonizando resonaba en ella  
cual laúd inmenso.

Mas negra sombra su esplendor eclipsa;  
ángel de muerte de mi Lira en torno  
mueve sus alas y suspira solo  
fúnebre canto.

Como la lumbre de meteoro errante,  
como el son dulce de armoniosa Lira,  
así la llama que mi vida alienta  
veo extinguirse.

Adiós por siempre aspiraciones vanas,  
vanas, mas nobles, que abrigó mi mente;  
adiós del mundo lisonjeras glorias,  
deleites vanos.

Adiós, morada de tiniebla y llanto,  
tierra infeliz que la virtud repeles,  
y desconoces insensata al genio  
que te ilumina.

Mi mente siempre en tu región impura  
se halló oprimida; peregrino ignoto  
por ti he pasado y sin pesar ninguno  
de ti me alejo.

Lira enlutada, melodiosa entona  
funeral canto, acompañadla gratas  
musas divinas, mi postrer suspiro  
un himno sea.

X

DESEO

Sub umbra alarum tuarum  
Protege me.  
-Ps. XVI

Silencio, nada más, y no gemido

lágrimas o suspiros yo demando,  
en el instante lastimero cuando  
descienda helado a la mansión de olvido.

Jamás estéril llanto a la ternura  
debió mi pecho en sus acerbos males,  
sólo apuré los tragos más fatales  
que me brindó la impía desventura.

Dormir, sin ser al mundo tributario,  
quiero en la noche tenebrosa y fría,  
sin que nadie interrumpa su alegría;  
morir, como he vivido, solitario.

Tú, numen de infelices, Dios de olvido  
que a la nada presides misterioso,  
encumbre con tus alas silencioso  
el sepulcro de un ser desconocido.

XI

Éxtasis

Et audivi vocem magnam  
–Apocalipsis

Cuando el sol reina en el cenit fulgente,  
a la sombra sentado  
de un álamo frondoso, tristemente,  
por el cielo esmaltado  
de diamante oro y plata,  
mi pensamiento raudo se dilata.

Ante los ojos míos se anonada  
el mísero planeta,  
de llanto eterno y de dolor morada,  
donde el mortal vegeta  
en el piélagos inmundo  
de la ignorancia y del error profundo.

Más lejos que do estalla horrisonante  
el trueno, se remonta,  
más lejos que la esfera rutilante  
que el águila transmonta,

y que la etérea cumbre  
do no alcanza la necia muchedumbre.

Y en la eterna mansión de la armonía  
y las esencias puras,  
do reina inalterable la alegría  
que anhelan las criaturas,  
en éxtasis glorioso,  
oye un coro de espíritus grandioso;

Y con ruido que al cántico supera  
resonar, como trueno, un ronco acento,  
que repite, vagando por la esfera;  
«ven do reina el contento  
y la gloria que anhelas ¡oh Poeta!  
deja ese triste y mísero planeta».

## XII

### RUEGO

Inclina aurem tuam ad precem meam.  
—Ps. 87.

En ti Señor confío,  
a ti mi Dios me entrego;  
mi humilde y triste ruego.  
Implora tu piedad;  
no mires con desvío  
mi llanto y amargura,  
que aunque mi alma está impura  
no abriga la impiedad.

Mi espíritu se humilla  
a tu divina planta,  
y su dolor levanta  
esperanzado a ti;  
acoge la sencilla  
plegaria que te envía  
Señor, y tu faz pía  
vuelve un instante a mí.

Henchido de pasiones  
mi corazón demente,

se abandonó al torrente  
del mundo seductor;  
mas ya, sus ilusiones  
falaces desdeñando,  
se vuelve a ti implorando  
consuelo en su dolor.

Si algún tiempo embriagado  
de deleites mundanos  
los tuyos soberanos  
insensato olvidé,  
perdona a un descarriado,  
que buscando hoy ansioso  
tu bálsamo precioso  
va en alas de la fe.

Soy pecador indigno;  
pero mi alma sincera  
arrepentida espera  
en tu inmensa bondad;  
contempla, pues, benigno  
Señor y no indignado  
a quien atribulado  
se acoge a tu piedad.

De dolor consumido,  
de angustias y dolencia  
tu divina asistencia  
necesito Señor;  
levanta mi abatido  
corazón, vuelve a mi alma,  
vuelve la dulce calma  
que le roba el dolor.

Atiende a tu criatura  
que mísera fenece,  
sus penas adormece,  
escucha su clamor;  
pues en mar de amargura  
se anega mi existencia,  
Mírame con clemencia  
Aunque soy pecador.

## CONTESTACIÓN

A D. J. T.

¡Ah! ya agostada  
siento mi juventud, mi faz marchita,  
y la profunda pena que me agita  
ruga mi frente de dolor nublada.  
—Heredia

Feliz tú que de bellas ilusiones  
sin cesar halagado, a las visiones  
inefables del alma,  
Librar puedes tu ardiente fantasía,  
y de éxtasi embriagar y de armonía  
tu corazón en calma.

Feliz tú que aspirando el aura pura  
del majestuoso Plata, la hermosura  
contemplas de la luna,  
que asoma melancólica su frente,  
como gentil beldad que de amor siente,  
la congoja importuna.

Mecido allí por sueño delicioso,  
oyes sólo el susurro misterioso  
de las olas serenas,  
que al rayo de la luna resplandecen,  
y en cadencia armoniosa se adormecen  
sobre muelles arenas.

Allí tu alma inflamada en su desvelo  
hasta el trono de Dios levanta el vuelo,  
y olvidada del mundo  
escucha la armonía soberana  
que de su eterna gloria eterna mana  
cual venere fecundo.

Allí anhela calmar su sed ardiente  
en esa viva, inagotable fuente,  
que al universo anima,  
y con alas de fuego divagando  
el infinito abarca y remontando  
más y más se sublima.

¡Quién como tu pudiera, el pecho lleno  
de esperanza y de fe, por el ameno  
camino de la vida  
espaciar sus miradas halagüeñas,  
y ver por todo imágenes risueñas,  
como en la edad florida!

¡Quién en su lira modular sonora  
dulce amor y amistad consoladora,  
tesoros celestiales;  
y al son de la hechicera melodía  
derramar esperanza y alegría  
en los pechos mortales!

¡Quién fuese como tú que atrás dejando  
un pasado feliz y contemplando  
el porvenir brillante,  
un mundo de esperanzas y delicias  
ante tus ojos ves y no codicias  
nada al vulgo anhelante!

Mi juventud también tuvo visiones  
de ambición y de gloria y mil pasiones  
terribles la agitaron;  
amor fue su delirio y su ventura,  
y en brazos apuró de la hermosura  
delicias que volaron.

Mas cual roble soberbio que derriba  
el feroz huracán de cumbre altiva,  
al impulso violento  
de las fieras pasiones, abatida  
cayó mi juventud que sólo vida  
tiene para el tormento.

¡Oh si en himnos de excelsa poesía  
yo pudiera el torrente de armonía  
exhalar de mi pecho,  
o en tristes tonos modular y suaves,  
de mi fiero dolor las ansias graves,  
las dudas y el despecho!

El canto entonces de la musa mía  
al eco de la tuya se uniría  
en soberano coro,  
y esos pechos de bronce casi yertos

se animaran acaso a los conciertos  
de nuestra lira de oro.

Pero vano delirio, mi destino  
es batallar con el dolor contino  
hasta que suene la hora;  
y consumirme en agonía lenta,  
como el ave inmortal que sí alimenta  
fuego que la devora.

XIV

LA HISTORIA

(Fragmento)

A D. J. M. G.

There is no hope for nations! Search the page  
of many thousand years—the daily scene,  
the flow and ebb of each recurring age,  
the everlasting to be which hath been,  
hath taught us nought or little:  
—Byron

No hay ya esperanza para la naciones. Recorred las páginas de los siglos ¿qué nos han enseñado sus vicisitudes periódicas, el flujo y reflujo de las edades, y esa eterna repetición de acontecimientos? Nada o muy poco.

Encantada y atónita mi mente  
registra los anales de los siglos,  
que pregonan la fama más gloriosos,  
y del pasado tiempo y del futuro  
el tenebroso velo  
Quiere rasgar en su impaciente anhelo.

Monumentos, pirámides alzadas  
por el humano orgullo en su demencia,  
fatídicos emblemas esculpidos  
por manos mercenarias y serviles,  
que adulación respiran  
y vergüenza y oprobio sólo inspiran.

Todo interroga, y a la vez responden,  
con dolorosos gritos que estremecen,  
los mármoles, los pueblos y los tiempos:  
que ignorancia y miseria sempiterna,  
inevitables males  
son la herencia fatal de los mortales.

Con lívido semblante y torvo ceño  
sus pasos gira en rededor del orbe  
el tiempo inexorable, como fiera  
famélica, sedienta, enfurecida,  
que sus hierros quebranta  
y mueve libre su sañuda planta.

Sin cesar marcha y donde quier imprime  
su gigantesta mole el pie tremendo,  
monumentos humildes y arrogantes  
tiemblan y caen y desaparecen luego;  
lo fértil y lozano  
se seca y muere entre su yerta mano.

Allí donde se muestra portentosa  
la vanidad del hombre y la pujanza,  
apresurado acorre sepultando,  
con baldón de su orgullo, en el abismo  
profundo de la nada,  
dioses y templos y soberbia airada.

De asolación y llanto se alimenta:  
ni la acerba agonía, ni los ayes,  
del que cansado de esperar fenece:  
ni los fervidos ruegos que a herir suben  
los dombos celestiales,  
nos libran de sus garras infernales.

Las ciencias y las artes más sublimes,  
los héroes y los genios que lograron  
legar vano renombre a un mundo vano,  
nuestros desvelos todos, nuestra vida  
¿Qué son?... Tristes despojos  
consagrados en ara a sus enojos.

Míseras ruinas que otro tiempo alzasteis  
vuestra soberbia frente hasta las nubes,  
en hombros del orgullo y la demencia,  
al cielo y a la tierra amenazando,

arbitras de memoria,  
responedme ¿qué fue de vuestra gloria?

Lisonjeros relámpagos de fama,  
prosperidad voluble y pasajera  
gozaron las naciones un momento  
mas voraces de bien las negras furias  
del averno salieron,  
y en el olvido eterno lo sumieron.

¿Dónde está Egipto y el saber y nombre,  
que fueron maravilla a las edades,  
y con eco monótono la historia  
trasmite sin cesar de siglo a siglo?  
Un instante brillaron  
y en el caos de los siglos se engolfaron.

¿Qué importa que pirámides tuviese  
con el sudor de esclavos fabricadas?  
Que derramando el Nilo sus corrientes,  
del limo fecundante enriquecidas,  
sus comarcas bañase  
y próspera la tierra se mostrase?

Si el mísero habitante embrutecido  
por astutos hipócritas, ya sabios,  
de religiosa máscara encubiertos,  
yace sumido en fanatismo astroso,  
y se humilla postrado  
ante el ídolo torpe encadenado.

Los altos muros de Pelusa vieron  
las pérsicas falanges extenderse  
de inmundos animales precedidas;  
el Egipcio los ve, se hinca a adorarlos,  
y sus armas entrega,  
y su cerviz al opresor doblega.

En días de esplendor el Asia tuvo  
imperios que a la tierra conturbaron,  
y allí encontró la adulación rastrera  
en coronados asesinos héroes,  
y allí tembló el Romano  
al renombre de un solo soberano.

¿Mas qué fue de la fuerza y poderío

que al universo atónito asombraron?  
Todo entre pompa feneció y deleites,  
y aún el vigor del alma allí ora esclavos  
y molície contemplo  
entre las ruinas para grande ejemplo.

La Grecia libre fue de los tiranos  
el inclemente azote justiciero,  
y el foco de las luces y la gloria;  
mas también a su vez la devoraron  
la monstruosa anarquía  
y la nefanda inicua tiranía.

Platea, Maratón y Salamina,  
fueron vanos y estériles trofeos  
a un ídolo sin culto consagrados  
por un pueblo ambicioso y corrompido  
que al oro de un protervo  
se vendió con baldón y se hizo siervo

Al ostracismo fulminó la envidia.  
Y los brazos tremendos que en mil lides  
las pérsicas falanges deshicieron,  
sin patria, sin asilo, fugitivos,  
inermes mancillaron  
la gloria de la patria que salvaron.

Como huracán violento que repente,  
se desata furioso en negra noche  
de la sirte volcánica rugiendo,  
y por el ancho espacio se dilata,  
do quier despedazando  
y estrago y ruinas y terror sembrando;

así el Águila audaz de los Romanos,  
henchida de ambición y de pujanza,  
con alas de terror cubre la tierra,  
desolando, aterrando las naciones,  
que doblan la rodilla  
ante el fatal poder que las humilla.

Y altiva sobre ruinas asentando  
en Asia, África, Europa los cimientos  
de un imperio que eterno juzgaría,  
con escarnio y baldón del universo,  
ve desde el capitolio

medio mundo rendido ante su solio.

Pero a la vez los pueblos, fatigados  
de la inicua opresión e indigno yugo,  
sacuden la cerviz con fiero brío,  
y se derroca al suelo que abrumaba  
el inmenso coloso,  
con estallido horrendo y espantoso.

Sobre su informe cuerpo los enjambres  
de bárbaros se ceban, vengativos  
como plagas de Dios que impele el soplo  
de la muerte; lo escarnian, lo despojan,  
y dan para escarmiento  
hecha cenizas su corona al viento.

Ya vítores no suenan en el foro,  
ni poderosos reyes, ni caudillos  
en la sangrienta lid avasallados,  
o con perfidia negra seducidos,  
el triunfador bizarro  
arrastra en pos de su vistoso carro.

Do en otro tiempo el Águila soberbia  
desplegaba sus alas sobre el mundo,  
do asentaba sus bases el Olimpo,  
do triunfó Manlio del impío Galo,  
ya la tiara se ostenta  
y al universo oprime y amedrenta.

El fanatismo entonces, cual si averno  
lo forjara gigante en sus furores,  
más terrible, más cruel, más sanguinario,  
que cuanta plaga el mundo en sí encerrara,  
encendió las naciones  
que tremolan de Cristo los pendones.

Y su férvida lava derramando,  
como un Etna, de Europa en las comarcas,  
en tropel despertaron de los hombres  
por religioso celo agujoneadas,  
las inmundas pasiones,  
y al crimen arrastraron las naciones.

En Oriente desatan furibundas,

su saña, su ambición y fanatismo,  
las cristianas legiones por enjambres,  
el blasón de la cruz y omnipotencia  
aleves proclamando,  
y el inclemente acero fulminando.

De sangre se atosigan, sobre montes  
de ruinas y cadáveres caminan.  
Sembrando, como el Ángel de la muerte,  
do quier desolación, y recogiendo,  
para homenaje santo  
del Dios que vilipendian, sangre y llanto.

Los fieles del Islam vuelan, henchidos  
de fanático ardor, a poner dique  
al torrente impetuoso que amenaza  
asolar de Mahoma el templo augusto;  
y anhelando venganza  
provocan al cristiano a la matanza.

Huye por fin el temerario bando,  
que arrastró el fanatismo a mil maldades,  
como fatal meteoro de la saña  
huye del huracán, dejando sólo,  
en su huella sangrienta,  
padrones indelebles de su afrenta.

En tremendo luchar, por largos siglos,  
procuraron su ruina mutuamente  
fascinados los pueblos, las naciones,  
y barbarie ominosa, sangre, muerte  
y despotismo inundo  
inundaron los ámbitos del mundo.

Por largos siglos fanatismo y creencia  
la tierra avasallaron, cual dos furias,  
y entre fango de males sumergida  
se encontró la razón, de donde fuera  
el hombre descarriado  
en el volver del tiempo arrebatado.

En las fojas fatídicas del tiempo,  
con sanguinosas letras está escrito,  
este fallo terrible del destino:  
«Inacabable mal, mal sempiterno  
pesará sobre el mundo

y la precita raza del profundo».

Sin que pueda valerle la soberbia,  
ni el doloroso llanto, ni los ayes  
para acallar su pálida conciencia,  
al hombre que azorado, del vil lodo  
la cabeza levanta,  
y el inapeable abismo ve a su planta.

XV

ADIÓS

(a D...)

Ton souvenir sera, dans mon âme attendrie,  
comme un son triste et doux qu'on écoute longtemps.  
-V. Hugo

No quiere tierna amiga  
la fortuna enemiga  
puerto a mi vela dar,  
y en frágil barca nueva  
peregrino me lleva  
por borrascoso mar.

De nuevo separado  
me voy acongojado  
lejos de ti a vivir;  
sin verte, sin hablarte,  
sin poder consolarte;  
que es fuerza hoy el partir.

Cuando fatal desdicha  
el astro de tu dicha  
en su oriente eclipsó,  
con la eterna lazada  
de la amistad sagrada  
mi alma a la tuya unió.

Entonces, pío el cielo,  
quiso que algún consuelo  
yo diese a tu dolor,  
y entonces fui dichoso...

Mas ¡ah! que ya envidioso  
me aleja de tu amor.

Me aleja sí, importuno,  
donde placer ninguno  
sin ti no encontraré;  
donde en ausencia larga,  
a mi tristeza amarga  
consuelo no hallaré.

Pero no importa, pura  
tu imagen, mi ventura  
siempre, querida, hará,  
y, cual benigna estrella,  
consoladora y bella  
do quier me alumbrará.

Adiós mi tierna amiga;  
ya la barca enemiga  
se afana por partir;  
adiós, volveré a verte  
si el soplo de la muerte  
no apaga mi vivir.

XVI

## CREPÚSCULO EN EL MAR

Antes de expirar el día  
vi morir a mi esperanza.  
—Zárate

Allá en el horizonte el rey del día  
su frente hunde radiosa,  
y por el vasto espacio va flotando  
su cabellera de oro luminosa.

De arreboles vistosos y cambiantes  
se adorna el firmamento,  
que entre negros celajes se confunden  
en su brillante airoso movimiento.

Y poco a poco sus inmensas alas  
la noche va extendiendo,

y con manto de duelo los adornos,  
y las galas del orbe va cubriendo.

Es la hora en que los tristes corazones  
ven la imagen sombría,  
de la esperanza que los sustentaba,  
desvanecerse con la luz del día.

Y la hora en que yo veo de mi vida  
la trama deshacerse,  
y el porvenir glorioso que la halaga,  
como el cielo entre sombras esconderse.

En que yo digo adiós a la esperanza,  
y a los gozos del mundo,  
y con incierto paso y sin vigía  
marcho por un desierto tremebundo.

En que mi aurora fúgida contemplo  
sin lucir disiparse,  
y las lozanas flores de mi vida  
sin exhalar perfume deshojarse.

En que a la vez mis bellas ilusiones  
toman cuerpo, se abultan,  
tocan la realidad, y desmayadas  
en crepúsculo negro se sepultan.

## XVII

### MI DESTINO

Oui, je mourrai: déjà ma lyre en est en deuil,  
Jeune, je m'éteindrai, laissant peu de mémoire.  
—V. Hugo

Presa de mil dolencias,  
el corazón marchito,  
a veces angustiado  
me concentro en mí mismo,  
y voz secreta escucho  
decirme estremecido:  
«En juventud temprana  
morir es tu destino»

«Antes que el lauro sacro  
se entrelace y el mirto  
en tu lozana frente,  
sufrirás el martirio  
que al que nació poeta  
reserva el hado impío:  
que en juventud temprana  
morir es tu destino».

De Prometeo el fuego  
arde en mi seno altivo,  
un buitre despedaza  
mi pecho enardecido,  
y mi existencia llena  
de angustias y conflictos  
que en juventud temprana  
morir es mi destino.

A cada instante veo  
el tenebroso abismo  
de la tumba a mi planta,  
y el pensamiento mío  
replega al contemplarlo  
sus alas abatido:  
que en juventud temprana  
morir es mi destino.

Con el mirar profundo  
de espíritu divino,  
mi genio el universo  
abarca y lo infinito;  
pero voz ominosa  
me repite al oído:  
que en juventud temprana  
morir es mi destino.

Como la flor del campo  
que el inflamado estío  
agosta en el momento  
de desplegar sus visos;  
así se han marchitado  
mis juveniles bríos:  
que en juventud temprana  
morir es mi destino.

¿Qué importa que llenase  
de fuego peregrino  
mi pensamiento el cielo  
si soplo fugitivo,  
exhalación errante,  
al nacer ya me extingo?  
¿Si en juventud temprana  
morir es mi destino?

Mi corazón desmaya  
de dolor consumido,  
y mis fugaces días,  
sin ostentar su brillo,  
se eclipsan y descienden  
a la mansión de olvido:  
que en juventud temprana  
morir es mi destino.

## XVIII

### LA MELODÍA

Sweet music.  
–Shakespeare

Hubo, una melodía,  
que hechizó el alma mía  
en albor más lucido,  
y con su halago  
supo el estrago  
reparar de mi pecho entristecido.

Dudo si eran divinos  
sus ecos peregrinos,  
o de mortal criatura;  
porque su influjo  
en mí produjo  
inefables delirios de ventura.

Su melifluo sonido  
halagaba mi oído  
de una aurora a otra aurora;  
cuando dormía  
también la oía,

semejante a una voz consoladora.

Pasaba como un sueño  
delicioso y risueño  
mi juventud lozana;  
edén hermoso  
y deleitoso  
era la tierra para mi alma ufana.

Mas ¡ay de mí! temprano  
un pesar inhumano  
me anunció otro destino:  
escuché atento,  
ningún acento  
a endulzar mi dolor entonces vino.

Así de noche larga  
y soledad amarga,  
yo me encuentro cercado;  
no hay alegría,  
ni melodía  
para mi triste corazón burlado.

XIX

LOS RECUERDOS

*Romance a Delmira*

Te me apareciste, como un ángel benigno enviado para llevarme desde los inocentes días de mi infancia, hasta la sublime cumbre de la existencia. Mis ojos, al abrirse, encontraron tu corazón, y mi primer sentimiento fue un inefable regocijo.

–Schiller

De los primeros amores  
¡Oh cuán dulce es el recuerdo!  
¡Como su risueña imagen  
vierte en el alma consuelo!  
Mi corazón desdichado  
flota en un mar de tormentos  
Delmira; mas tu memoria  
templa sus males acerbos.  
Cuando la negra tristeza

tiende sobre mí su velo,  
y de fantasmas sombrías  
circunda mi pensamiento:  
cuando el recuerdo terrible  
de mil aciagos sucesos,  
viene cual nube cargada  
de tormenta, horror y truenos,  
a atribularme en mis ansias  
y hacer mi dolor más fiero;  
tu imagen se me aparece,  
como en páramo desierto  
al caminante perdido  
verdoso y florido otero;  
y la fantasía entonces,  
con las alas del deseo,  
me transporta enajenada  
a aquel delicioso tiempo,  
en que por la vez primera  
te vi, como ángel del cielo.  
El bozo empezaba apenas  
a adornar mi labio tierno;  
eras tú rosa en su aurora,  
éramos niños recuerdo,  
y de rubor inocentes  
palparon nuestros pechos  
de simpática ternura,  
de amante júbilo al vernos.  
Turbáronse nuestros rostros  
y se reveló el misterio:  
nació el amor ignorado,  
y el amor habló en silencio.  
Tu imagen bella de entonces  
quedó grabada en mi seno,  
y una agitación extraña,  
llena de dulce embeleso,  
se amparó de mis sentidos  
dejó los frívolos juegos  
de la niñez y embebido  
sólo en ti mi pensamiento,  
do quier hallaba el encanto  
de tu semblante halagüeño,  
do quiera de tus miradas  
aquel imán hechicero.  
Día y noche me seguía  
tu imagen en el paseo,  
en el bosque, en la campaña

y aún en mi tranquilo lecho.  
Mi juvenil existencia  
era un deleitoso sueño,  
de glorias desconocidas,  
de esperanzas y deseos.  
Días felices ¡cuán pronto  
para mi mal fenecieron,  
dejándome circundado  
de desolación y tedio!  
A amar juntos aprendimos,  
amor por dulces senderos  
nos llevó en sus alas de oro  
y nos enseñó sus juegos.  
¿Te acuerdas, Delmira, el día  
que nos hablamos primero,  
cuan alegre y fácilmente  
nuestras almas se entendieron?  
¿Recuerdas, Delmira mía,  
aquellos dulces momentos  
que pasábamos alegres  
en inocentes recreos?  
¿Te acuerdas de los regalos  
con que tu cariño tierno  
recompensaba del mío  
el incesante desvelo?  
¿De las citas misteriosas?  
¿De aquel albergue secreto  
donde tu boca y la mía  
se unieron con dulce beso?  
De nuestros rubores y ansias,  
nuestro tímido recelo,  
la precaución inocente  
y el cariñoso misterio?  
Sobre todos, de aquel día,  
día feliz y supremo,  
en que por hechizo oculto  
nuestros suspiros se unieron,  
sin saber como atraídos  
se tocaron nuestros senos,  
ligáronse nuestros brazos  
con nudo de amor estrecho;  
trémulo tu labio ardiente  
aplicó al mío su fuego,  
se abrasaron mis sentidos  
de amor en el grato incendio,  
y a mis ojos y a los tuyos

se anonadó el universo.  
-Todo pasó, dulce amiga,  
todo pasó en fugaz vuelo,  
Sólo queda la memoria  
de aquel venturoso tiempo.  
La edad vino a amonestarnos  
con su semblante severo;  
separarnos fue preciso  
y seguir caminos nuevos.  
Adiós amores, de entonces,  
juveniles devaneos  
de dos almas inocentes  
que para amarse nacieron.  
Llorando y con dulce abrazo  
dimos el adiós postrero  
al aire, y nuestros suspiros,  
nuestras ansias llevó el viento.  
Tomó mi mano el destino  
y de mis lares paternos  
me arrebató, y en el mundo  
me lanzó con furia luego.  
He flotado en él sin guía,  
cual frágil náufrago leño,  
sin encontrar en camino  
grato asilo o manso puerto:  
mil tormentas he sufrido,  
que en el voluble elemento  
de las inquietas pasiones  
me engolfé fogoso y ciego.  
No he sucumbido a sus furias;  
pero mi cuitado pecho  
por siempre, amiga, ha perdido  
la dulce paz y el sosiego,  
y despojado, en su aurora,  
de los prestigios risueños  
de la vida, a la esperanza  
y aun al amor yace muerto.  
Sola tú, tú sola puedes  
de mi alma en el caos horrendo,  
hacer brillar un instante  
lampos de fugaz consuelo.  
Tu imagen bella, a mis ojos,  
como la estrella de Venus  
en desatada tormenta  
se muestra al triste nauclero,  
aparece en los conflictos

de mi triste pensamiento,  
aplaca un tanto las iras  
de mis pesares acerbos,  
y exclamo entonces lloroso:  
«Ángel de amor y consuelo  
no apartes tu luz divina  
de mi espantoso desierto:  
mi corazón desdichado  
flota en un mar de tormentos  
Delmira, mas tu memoria  
calma su dolor funesto».

XX

### IMITACIÓN DEL INGLÉS

Sing willow.  
–Shakespeare

Cantad el sauce.

1

Al pie de un sauce Laura suspiraba,  
acongojada y llena de dolor,  
y al aire vano estos acentos daba:  
cantad el sauce y su mustio verdor.

El manso arroyo, acaso enternecido,  
mezclaba sordo su fugaz rumor  
a los sollozos de su pecho herido:  
cantad el sauce y su mustio verdor.

Lágrimas tristes, sin cesar, y puras  
lloraba en vano, lágrimas de amor,  
que aun ablandaran a las piedras duras:  
cantad el sauce y su mustio verdor.

2

«Tu color mustio place a mi amargura  
sauce querido, sauce del amor,  
serás mi adorno y sola compostura:

cantad el sauce y su mustio verdor».

«No le increpéis su injusta alevosía,  
yo le perdono su fatal rigor;  
causa es amor de la desdicha mía:  
cantad el sauce y su mustio verdor».

«¿Por qué me dejas?» en mi cruel despecho  
dije al ingrato; y respondió traidor:  
«A otro amor abre como yo tu pecho»:  
cantad el sauce y su mustio verdor.

Sus tristes ayes se llevara el viento,  
nunca de Laura más se oyó el clamor,  
y nadie dijo desde aquel momento,  
cantad el sauce y su mustio verdor.

XXI

A LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

Independencia al suelo americano.  
—Luca

Prestadme o sacras musas  
vuestro divino aliento,  
prestadme aquel acento  
que resuena en los coros celestiales,  
y haré que el corazón de los mortales,  
de entusiasmo arrobado,  
palpite como el mío en el instante,  
y que ensalcen los libres el gran día  
en que la patria mía  
independiente, al fin, y soberana,  
llena de gloria respiró triunfante.

Ni el trueno aterrador que se desata  
de los peñados senos de la nube,  
y retumbando fragoroso sube  
y por el ancho espacio se dilata,  
al espíritu flaco aterra tanto;  
ni el mortífero rayo desprendido  
del bronce comprimido,

que hiende por las filas y escuadrones,  
con zumbido terrible,  
es al débil soldado tan temible,  
como son a los viles opresores  
los vivas y clamores  
que del foro argentino se levantan,  
con tumultuoso grito y vehemencia,  
alegres proclamando independencia;  
y nada es tan gozoso  
a los hijos del Plata  
como el día de Julio venturoso.

Pudo en los siglos de ignorancia torpe,  
en que el hombre adormido  
sus sagrados derechos olvidaba,  
con el salvaje bruto confundido,  
dominar arrogante el despotismo;  
mas luego que la ciencia  
al espíritu humano iluminara  
audaz se levantó la inteligencia,  
y el coloso infernal que la abrumara  
derrocose, humillado, al hondo abismo.

Así do quier los simulacros viles  
de la opresión cayeron;  
pues los humanos pechos, quebrantando  
los vínculos serviles,  
que su elación divina comprimían  
en sacrosanto fuego se encendieron.

La libertad prendió en los corazones,  
y do quier las estúpidas pasiones  
al despotismo aciago entronizaron,  
los rayos refulgentes  
de los pechos ardientes,  
que de divino soplo eran movidos,  
al fiero despotismo destronaron.

Así fue en Grecia y Roma;  
y en las comarcas todas de la tierra,  
en incesante guerra,  
la libertad al despotismo doma,  
y do quiera que asoma  
aquella victoriosa  
las ciencias y las artes en las alas  
del genio prepotente se subliman,

ostentando sus galas,  
y todo es gloria, paz; felicidades,  
y el genio de la guerra furibundo  
su aterradora faz y sus maldades  
hunde allá en los abismos del profundo.

Sólo entonces, inspirando  
las musas al poeta, lanzó el canto  
su profética voz por todo el orbe,  
a los siglos atónitos marcando  
sus futuros destinos,  
y en versos peregrinos  
los prodigios del genio eternizando.

Cantemos, pues cantemos  
la independencia de la patria amada,  
y con voz acordada,  
a la aurora de julio celebremos.  
Cantemos el gran día  
que vio nuestras cadenas quebrantadas,  
y del león humilladas  
la arrogante cerviz y valentía.  
Cantemos la agonía  
del monstruo que oprimiera  
la América inocente entre sus manos,  
por tres centurias, y a la tierra diera  
el ejemplo inaudito, en un instante,  
del instable poder de los tiranos.

Cantemos el momento  
en que a la faz del mundo y de la Patria,  
con encanto juramos,  
vivir independientes,  
o con la sacra libertad valientes,  
exhalar antes el postrer aliento.  
Así el cóndor ostenta su alegría,  
cuando con libertad gira su vuelo  
por el inmenso cielo;  
así el león en los bosques espaciosos,  
con hórrido bramido,  
y los seres que encierra el universo,  
en su tosco lenguaje no aprendido,  
himnos entonan saludando el día  
en que finó su largo cautiverio:  
así lo canta el hombre que el imperio  
sufrió de la opresión y tiranía.

## XXII

### MI ESTADO

Il est chez les vivants comme une lampe éteinte.  
—Hugo

Cual sombra vana, mis lozanos días  
se han disipado, y ni vestigios quedan  
de lo que fueron en su bella aurora,  
mis verdes años.

Nada ha quedado a mi existencia frágil  
mas que la herida del pesar tirano,  
nada que pueda a mi infortunio triste  
darle consuelo.

Como fantasma tétrico y sombrío  
sin esperanza vago entre los hombres;  
ningún prestigio o juvenil halago  
brilla en mi frente.

Nada yo espero en el desierto mundo,  
nada que endulce mis amargas penas,  
y desolado el corazón marchito  
ni aún amor siente.

¡Oh si sintiera cual sintió otro tiempo!  
Amor al menos en el pecho triste  
vierte halagando, como sierpe astuta,  
dulce veneno.

Sólo el reposo de la tumba aguardo;  
pero la muerte de mis crudas ansias,  
ríe inclemente y a mi amargo lecho  
lenta se acerca.

Cuento los días de aflicción cargados,  
cuento las horas de pesar exentas,  
y veo entonces que mejor sería  
no haber nacido.

Pronto despojo de la muerte fiera  
será mi cuerpo que en angustia gime,  
dulce alimento a reptiles inmundos,  
pasto a guzanos.

Y el fuego sacro que mi mente llena,  
ansía sublime, inspiración divina,  
don de las musas, como frágil humo,  
va a disiparse.

Cuántas pasiones abrigó mi pecho,  
cuánto elevado sentimiento cupo  
en mi alma noble, a convertirse vuelven  
en polvo y nada.

XXIII

EL IMPÍO

Dixit insipiens in corde suo:  
Non est Deus.  
-Ps. LXXXVIII

Se alzó del polvo en noche tenebrosa,  
en medio del gentío,  
orgullosa el impío  
blasfemando de Dios: cual ponzoñosa  
sierpe, letal veneno,  
lanzó impiedades de su inicua seno.

No hay Dios, dijo primero el arrogante;  
que todo cuanto encierra  
el universo y tierra  
lo produjo el caos en un instante  
de su seno profundo:  
el padre fue del universo mundo.

Y levantando entonces el erguido  
y viperino cuello,  
erizado el cabello,  
con corazón maligno y pervertido,  
toda justicia hollando,  
marchó seguido de ominoso bando.

El odio, la injusticia, la asechanza

astuta precedieron  
sus pasos y nacieron,  
de su infernal y tenebrosa alianza,  
mil monstruos en su seno  
de criminales apetitos lleno.

Se embriagó de maldades engreído,  
sin temor el impío,  
soltando a su albedrío  
libre freno, y clamando fementido:  
«No hay Dios no que me vea,  
y juez supremo de mis obras sea».

Mas tú le oíste ¡Oh Dios! y tu tremenda  
ira lanzaste luego,  
y como paja al fuego  
despareció el impío, que en horrenda  
angustia, maldiciente  
blasfemaba tu ser omnipotente

XXIV

ÉL Y ELLA

A D. F. C. B.

¡Quién podrá el lazo romper  
que sus corazones liga!  
¡Ni menos desconcertar,  
de sus almas la armonía!  
–Schiller

1

ÉL

Cuando en tu seno reclinado me hallo,  
mi dulce amiga, el universo olvido,  
ni siento el peso abrumador del tiempo,  
ni la fatiga.  
Tú eres la estrella que mis pasos guía  
en el camino del desierto mundo,  
y de tu lumbre el esplendor divino

siempre me halaga.  
Tú eres la imagen que en mis sueños veo;  
tú eres el ángel tutelar que guardas,  
del genio adusto que mis pasos sigue,  
mi triste vida.  
Cuando, el encanto de tu rostro bello,  
encubre el velo de melancolía,  
el astro hermoso que en la noche reina  
tú me pareces.  
Mas si en tu frente la sonrisa vaga,  
si amor respiran tus ardientes ojos,  
eres la aurora que halagüeña ríe:  
todo alegrando.  
El suave aliento que tu pecho exhala  
es para mi alma como el grato soplo,  
que reanima del estéril yermo  
la flor marchita.

#### ELLA

Cuando reclinada me hallo  
sobre tu amoroso seno,  
dueño mío, ante mis ojos  
se anonada el universo.  
Tú eres la hechicera imagen  
que en todas partes yo veo,  
el bello sol que me alumbra  
y de mi alma el claro espejo.  
Sin ti los días me fueran  
enojosos y molestos,  
con tu presencia los años  
pasan en rápido vuelo.  
Cuando de mí te separas,  
con alas de ser etéreo,  
por donde quiera te sigue  
mi amoroso pensamiento;  
y mientras sólo suspira  
mi corazón de amor lleno,  
para aliviar mi congoja,  
pensando en ti me deleito,  
y me digo, yo a mí misma:  
vuelve mi amor, vuelve luego,  
el corazón me lo dice  
que adivina mi deseo.  
Tu hablar es dulce a mi oído,

como el melodioso acento  
del ruiseñor en el bosque,  
do reina el mudo silencio.

ÉL

Cuando de mi triste pecho  
la desolación se ampara,  
y de mi mente se aleja  
la imagen de la esperanza;  
cuando el infausto recuerdo  
de las terribles borrascas,  
que han agitado mi vida,  
viene a redoblar mis ansias,  
y en mi pecho se despiertan  
las pasiones inflamadas,  
que para siempre alejaron  
la felicidad de mi alma:  
tú eres el iris que vuelve  
a mi corazón la calma,  
disipando las tinieblas  
que me atribulan y asaltan.

ELLA

Cuando en tu frente serena  
la dulce sonrisa vaga,  
y se disipan las sombras  
que la oscurecen infaustas;  
cuando tus ardientes ojos,  
con halagüeña mirada,  
como buscando su centro,  
sobre los míos le clavan,  
manifestando expresivos  
la luz espléndida y clara,  
del contento y la alegría  
que fugaz por tu alma pasa:  
ningún pesar me atormenta,  
ningún cuidado me asalta,  
y la inefable ventura  
del Serafín goza mi alma.

ÉL

Cuando la aciaga memoria  
de mis pasadas desdichas,  
viene a inflamar de mi pecho  
las sanguinosas heridas,  
y a derramar en mi mente  
mil imágenes sombrías;  
la tuya se me aperece,  
angelical y divina,  
se desvanecen al punto  
las visiones enemigas,  
y yo me digo: «Ella me ama  
¿qué importa un mar de desdichas?»

ELLA

Cuando pienso que en tu pecho  
idolatrado se abriga  
el cruel pesar devorando  
al nacer todas tus dichas,  
lloro lágrimas amargas,  
y me digo, entristecida:  
si mil vidas yo tuviese  
por verle feliz daría,  
mas ya que no está en mi mano  
poder sanar las heridas  
de su corazón a amarlo  
quiero consagrar mis días.

ÉL

Cuando el soberano vuelo  
alza mi espíritu altivo,  
y en mi corazón rebosan  
mil armónicos sonidos;  
tú eres el numen que inspira,  
consolador y propicio,  
a mi cítara sonora  
el canto excelso y divino.

ELLA

Cuando cantas inspirado,

en tono triste y sombrío,  
tú me pareces un ángel  
en la tierra peregrino,  
que sus infortunios llora,  
y tus conciertos melifluos  
en mi corazón resuenan  
como seráficos himnos.

ÉL

Tú me hiciste amar la vida  
que aborrecí en mi despecho,  
y disipaste la noche  
de mi espíritu desierto.

ELLA

Tú embelleciste mis días,  
llevándolos por sendero  
de delicias y de flores;  
vida y cariño te debo.

ÉL

Mas vivirá tu memoria,  
Celia, divina, en mis versos.

ELLA

Aún mas allá de la muerte  
tú vivirás en mi pecho.

ÉL

Vivirán tus perfecciones.

ELLA

Será nuestro amor eterno.

## ÉL

Ven dulce amiga al monte,  
y a la fresca enramada  
de sauces coronada,  
de mirtos y laurel;  
ven, que el astro del día  
glorioso reverbera  
en la inflamada esfera;  
ven, dulce amiga, ven.  
Ya los pájaros cantan  
con dulce melodía,  
y todo es alegría  
amor, delicia y bien;  
ya la tórtola tierna,  
con lánguido gemido,  
halaga a su querido;  
ven, dulce amiga, ven.  
Con elocuentes voces,  
todo hoy en la natura  
a gloria, y a ventura  
convida, y a querer.  
Estos cortos instantes  
de vida aprovechemos,  
amemos y gocemos;  
ven, dulce amiga, ven

Ven, dulce amiga, al monte,  
y a la fresca enramada  
de sauces coronada,  
de mirtos y laurel;  
ven, y allí respirando  
el ámbar de las flores,  
hablaremos de amores;  
ven, dulce amiga, ven.

## AMBOS

Las delicias que ofrece la vida  
apuremos, burlando al dolor,  
que la muerte devora homicida

los deleites y glorias de amor.  
Ten ¡oh tiempo! tu rápido vuelo,  
déjanos un instante gozar;  
sed propicio una vez al anhelo  
de dos seres que saben amar.  
Infelices bastantes te imploran  
en la tierra con largo gemir,  
vuela, vuela para ellos que lloran,  
déjanos nuestra dicha sentir.  
Déjanos un momento siquiera,  
los pesares amando olvidar,  
y sin sombra fatal a la esfera  
del amor y la dicha volar.  
Las delicias que ofrece la vida  
apuremos, burlando al temor:  
toda gloria humanal es mentida.  
Todo bien se convierte en dolor.

ÉL

Deja que mi amor sediento  
beba de tu alma el aliento,  
y que mi pecho amoroso,  
con su aroma delicioso,  
se embriague y calme un momento.

ELLA

¡Oh qué delicia! ¡Oh ventura!  
Pasar, como una aura pura,  
mi alma enamorada siente  
de la tuya el fuego ardiente,  
y en mar nado de dulzura.

ÉL

Deja que latir con brío  
tu corazón sobre el mío,  
casi insensible yo sienta;  
pues tu amor mi sangre alienta,  
como a flor mustia el rocío.

ELLA

De amor, de amor desfallezco,  
y toda yo me estremezco  
tu ardiente labio al tocar;  
dame en tu boca saciar  
la dulce sed que padezco.

ÉL

Qué me importa que el destino  
me haya cerrado el camino  
del bien, si cuanto yo adoro,  
mi esperanza y mi tesoro  
tengo en mis brazos divino.

ELLA

Modera tus transportes,  
modera tus halagos dueño mío,  
que ya mi débil corazón el brío  
pierde para gozar tanta ventura.  
Conserva aquestos días  
destinados a amarte,  
y a endulzar de los tuyos la amargura;  
no con tan vivo anhelo  
el cáliz agotemos de dulzura  
que nos ofrece amor hijo del cielo.

ÉL

No, apuremos temprano querida,  
los placeres que ofrece la vida,  
deja al necio sufrir y esperar;  
que con ceño terrible la muerte,  
envidiosa del bien, nos advierte  
que naciendo los va a devorar.

AMBOS

De la aurora gocemos florida,  
que un instante sonrío a la vida,

mientras quede vigor para amar  
que con voz elocuente natura  
nos repite: «el amor y ventura  
son cual luz fugitiva en el mar».

XXV

## ADIÓS EN EL MAR

Se parte as velas dando.  
—Camoës

Ya deja ya el puerto  
la mi navecilla  
y la aguda quilla  
surca por el mar,  
Favonio despierto  
hinche ya la vela,  
y rauda ella vuela  
del viento a la par.

Adiós mi regazo,  
mis dulces amores  
y los sinsabores  
que con ellos van;  
adiós, que ya abrazo  
más sólidos bienes  
entre los vaivenes  
que las olas dan.

¡Oh cuán agradable,  
el eco armonioso,  
es del mar ruidoso  
al ánimo audaz!  
¡Y cuán admirable  
el flujo incesante,  
la faz inconstante  
de la onda voraz!

Soplad bonancibles  
alígeros vientos,  
que a vuestros acentos  
no he de suspirar;

soplad apacibles,  
que lejos de orilla  
ya la aguda quilla  
surca por el mar.

XXVI

ESTANCIAS

Without a hope in life.  
–Crabbe

A veces triste yo me digo:  
¿Qué haré, qué haré de mi existencia?  
De cuantas mi alma alimentaba  
ni una esperanza ya le queda.

Como la encina derribada  
por el furor de la tormenta,  
despojo mísero del hado,  
mi juventud yace por tierra.

Árido yermo es mi morada,  
lúgubre noche me rodea,  
y ningún rayo de consuelo  
alumbra un tanto mis tinieblas.

Corren los días, cual torrente  
que todo arrasa en su carrera,  
anonadando en un instante  
cuanto concibe el hombre y piensa.

Pasa ostentando mil prestigios,  
cual vana sombra la belleza,  
y el genio mismo soberano  
brilla un instante, cual cometa.

Así el destino inevitable  
de cuanto existe aquí en la tierra  
han padecido, bien que pronto,  
mis esperanzas lisonjeras.

Cuando la copa de la vida  
de amarga hiel rebosa llena,

y el mundo al alma desolada  
es mansión hórrida y desierta.

¿Qué esperar debe el desdichado?  
Sólo morir; la tumba yerta  
convierte en polvo y anonada  
el llanto amargo y la miseria.

Así yo aguardo agonizando,  
entre conflictos y dolencias,  
como remedio a mis tormentos,  
el son de la hora postrimera.

Y a veces digo en mis angustias:  
¿de qué me sirve la existencia  
si a mi alma triste y desolada  
ni una esperanza ya le queda?

## XXVII

### EL REGRESO

Still one great clime, in full and free defiance,  
Yet rears her crest, unconquer'd and sublime,  
Above the far Atlantic!...  
—Byron

¡Oh Patria, Patria nombre sacrosanto  
a pronunciar te vuelvo con encanto!  
Tu halagüeño semblante  
ya rebuscan mis ojos cuidadosos  
por el vasto horizonte,  
y cual airosa cima de alto monte,  
ya lejos lo perciben y mi seno  
de júbilo rebosa palpitante.

Pasaron ya los días,  
en que con grato anhelo,  
canté un adiós a tu querido suelo,  
y pasaron también las ilusiones,  
que de mis dulces lares  
me llevaron gustoso a otras regiones,  
y a atravesar los procelosos mares.

Entonces ambicioso  
de ver el ancho mundo,  
y de espaciar mi mente  
por los cielos y piélago profundo;  
de sondar el saber de las naciones,  
y pesar los blasones  
que ostentan los imperios, las edades,  
abandoné sin pena mi reposo;  
mas ahora satisfecho  
vuelvo a tu dulce seno,  
cual tierno esposo al suspirado lecho;  
de gozo puro y de esperanza lleno.  
¿Y cómo no? cuando tu solo aspecto  
me dice que soy libre, y que la tierra  
voy a ver de los libres so mi planta.  
Mi pensamiento altivo se levanta  
cuando pronuncio tu sagrado nombre,  
¡Oh libertad! Y de mi laúd sonoro  
se estremecen las cuerdas resonando,  
en mi boca rebosan las palabras,  
y con mil armonías  
en alabanza tuya voy cantando.

El viejo continente  
tan solo desengaños me ha mostrado:  
entre sus pueblos cultos he buscado  
tu imagen celestial, resplandeciente,  
simulacros vanos he encontrado,  
con incienso impuro veneradas  
tus efigies sagradas.

Fueron los tiempos en que Europa libre  
diera ejemplo a la tierra suficiente;  
mas la fuerza triunfó y el duro cetro  
cayó sobre los pueblos inclemente:  
desde entonces la cruda tiranía  
abate de los hombres la energía,  
que mansos doblan la cerviz paciente,  
y el supremo albedrío  
de Reyes o tiranos  
a los pueblos conculca, cual gusanos,  
sin aliento ni brío.

La miserable España  
en vergonzosa nulidad apenas  
se mueve y aun pretende

que la América gima en sus cadenas;  
empero el León rampante  
ya no brama arrogante  
sino en baldón de su impotente saña.  
Tan solo en las montañas de la Helvecia  
la libertad respira,  
burlando a sus tiranos,  
y en el suelo glorioso de la Grecia  
sin aliento ya espira  
en las garras de tigres otomanos.

Confuso, por tu vasta superficie  
Europa degradada, yo no he visto  
mas que fausto y molicie,  
y poco que al espíritu sublime  
al lujo y los placeres  
encubriendo con rosas,  
las marcas oprobiosas,  
del hierro vil que a tu progenie oprime.

La libertad de Europa fugitiva,  
un asilo buscando,  
ha pasado el Océano,  
su dignísimo trono levantando  
do se agitan los pechos a su nombre,  
y do con dignidad respira el hombre:  
en el hermoso suelo americano.  
Y en el tuyo también ¡oh Patria mía!  
Tus hijos los primeros elevaron  
a su imagen altares,  
en su divino fuego se inflamaron,  
y con rara osadía  
el fanatismo y la opresión hollaron:  
tú el rayo fulminaste,  
que su terrible saña dilatando,  
rompió de un hemisferio  
el largo y degradante cautiverio.

¡Gloria al pueblo argentino,  
terror de los tiranos,  
que oprimían al Sud con férreas manos!  
¡Gloria inmortal al pueblo peregrino!

Y tú Patria querida  
muestra un ejemplo más a las naciones;  
la maldad atrevida,

y las bajas pasiones  
confesarán al fin avergonzadas,  
que no son nombres vanos  
la libertad, sus fueros soberanos,  
sino para las almas degradadas.

Modera un tanto ¡Oh Plata majestuoso!  
Esas ondas altivas,  
no a un hijo de tus márgenes recibas  
con flujo tumultuoso;  
que en movimiento suave  
fluyan y den camino silenciosas  
a los flancos estrechos de mi nave,  
que juega con tus crines espumosas.

## XXVIII

### EL INFORTUNIO EN EL MAR

Qu'importe le soleil? Je n'attends rien des jours.  
—Lamartine

Qué importa al desgraciado  
a quien pesar devora,  
que brillante y risueña  
aparezca la aurora:  
que cuando por los mares  
su nave surca erguida,  
de tempestad horrenda  
se vea combatida;  
y divagando incierta  
jamás arribe al puerto,  
o vacile en el borde  
del abismo entreabierto.  
¿Qué importa? Si temprano  
se voló su esperanza:  
él con ojos serenos  
contempla la bonanza,  
y nada pierde al mundo,  
ni a las rientes auroras,  
ni al puerto ni a los días,  
ni a las fugaces horas.

XXIX

AL CLAVEL DEL AIRE

*A Luisa*

Sweet scented flower.  
–Kirke White

Flor fragante y vistosa,  
que del seno de rosa  
de mi amable hechicera  
vienes, fiel mensajera  
de su pasión ardiente,  
a disipar las sombras de mi mente.  
Dime ¿do fue tu aurora?  
¿Quién te dio esa fragancia  
eficaz, penetrante, encantadora,  
y la hermosa elegancia  
con que gentil descuellas  
entre las flores bellas,  
que orna y matiza la divina Flora?  
¿Quién esa candidez y esa pureza,  
adorno celestial de la belleza,  
que mi pecho enamora?  
Fue, por ventura, tu dichoso Oriente  
en la región ardiente  
donde naturaleza  
ostenta más vigor y gentileza?  
¿O acaso la inconstante  
madre de los amores,  
menospreciada de su ingrato amante,  
le pidiera a la reina de las flores  
te llenase de encantos seductores,  
para que fueses poderoso hechizo  
de aquel infiel que abandonarla quiso?  
No, flor hermosa, no, que tú naciste,  
para más alta gloria,  
en la región que el Paraná famoso  
baña en curso grandioso:  
naciste de sus linfas,  
para grato recreo  
y halagüeño deseo  
de sus hermosas Ninfas,

que al mirarte en tu cuna se gozaron,  
y su flor predilecta te nombraron.

Tu trono digno y tu morada hiciste  
del aire puro, y si las otras flores  
reciben de la tierra su alimento;  
tú del sereno viento,  
del céfiro apacible,  
que divaga invisible,  
y del plácido aliento  
que los Silfos exhalan voladores.

Con majestad sentada,  
ya en la verde enramada,  
ya en el frondoso espino,  
ya en las rocas soberbias y jardines,  
tu candor peregrino  
ostentas, y te meces con donaire,  
embalsamando el aire  
con tu aroma divino.  
El picaflor voltario,  
en su círculo vario,  
se deleita tan sólo en halagarte,  
y no osa de tu seno  
libar el suco ameno,  
que te da vida, y tu vigor robarte.  
No así la juventud; ella anhelante  
siempre gira inconstante  
de una flor a otra flor; todas codicia,  
a todas acaricia,  
y al fin bebe, inexperta, entre sus hojas  
saciedad y congojas.

Émula del jazmín en la blancura,  
lo eres también en la fragancia pura,  
que de tu seno exhalas,  
con que el cuerpo y espíritu regalas  
de toda criatura:  
cuando ostenta sus galas,  
con majestad el sol en occidente,  
entonces el ambiente  
se llena de tu espíritu oloroso,  
y se engolfa amoroso,  
el corazón al apurar tu aliento  
en un mar de delicias y contento.

Y cuando, más feliz, alguna hermosa  
te arrebatara con mano temerosa  
de tu trono aerio,  
para darte en su seno dulce abrigo,  
o en su negro cabello;  
brillas con el destello  
de estrella rutilante,  
y dilatas fragante  
tu encantador imperio,  
y de las flores reina entonces eres,  
del amor, del deleite y los placeres.

¿Quién como tú en el aire  
morase, respirando aura de vida,  
y burlando el desaire  
de la fortuna vil con frente erguida?  
O transformado en Silfo, o en Silfida <sup>[2]</sup>  
¿Quién en tu cáliz albo,  
encontrase guarida  
donde ponerse en salvo,  
del rigor de la suerte y sus mudanzas,  
que siempre al infeliz tiende asechanzas?

Cuando feliz te miro  
bella flor me parece,  
que veo de mi amada el albo seno  
de encantadora magia<sup>3</sup>1 todo lleno,  
la nieve sin mancilla  
de su fresca mejilla,  
y el candor celestial de su semblante;  
y al aspirar tu espíritu fragante,  
me parece que aspiro,  
de su risueña boca  
el delicioso aroma, que provoca  
al deleite, al amor y la ventura;  
y rebosando en júbilo y ternura  
mi corazón palpita, y se abandona,  
olvidando su pena,  
a la dulce ilusión que lo enajena.

XXX

## EL CEMENTERIO

A D. D. T.

Misterios de la vida y de la muerte.

–Calderón

Creation sleeps.

–Young

Al resplandor sereno de la Luna  
yo andaba por los sitios solitarios  
que al vulgo atemorizan, pesaroso,  
y en lúgubres ideas embebido;  
y mis inciertos pasos me llevaron  
a la mansión sagrada de los muertos:  
religioso pavor cubriome al punto,  
y exclamé sofocando mis angustias:  
silencio ¡oh corazón! he aquí el asilo  
donde reina la paz inalterable,  
do no alcanza el tumulto de los hombres,  
do se acaban las ansias y tormentos  
de la altiva ambición y el infortunio,  
do se estrella el poder y la grandeza,  
do el amor y el deleite se anonadan,  
donde la gloria es humo y las pasiones,  
que agitan al mortal; aquí el esclavo  
de sus hierros se olvida, y con el polvo  
del que oprimió insolente, a confundirse  
viene el feroz tirano; aquí del crimen  
cesa el remordimiento y los gemidos  
de la virtud paciente se sepultan;  
aquí se abisman, sin cesar, los siglos,  
y mil generaciones y mil otras,  
con rapidez se agolpan, no dejando  
vestigio de su ser; aquí su cetro  
levantan el misterio y el olvido,  
las esperanzas mueren, y en su aurora  
el ingenio brillante se disipa.  
Salud tristes despojos, monumentos  
fúnebres del dolor, a visitaros  
viene una alma abatida y borrascosa;  
si los profanos ecos de la tierra  
hasta vosotros llegan respondedme:  
¿Hay vida mas allá?, ¿pero qué veo?

Un espectro confuso se levanta,  
y con faz melancólica me mira:  
Tú, cualquiera que seas, habitante  
de esta mansión de luto misteriosa,  
responde hoy a las dudas de quien viene  
a interrogar la muerte y los sepulcros  
transido de dolor ¿por qué tus ojos  
brotan lágrimas tristes, y en tu frente  
del funesto pesar vagan las sombras?  
¿Hay dolor, por acaso, aun en la tumba?  
¿Siente el polvo?«Silencio reptil vano,  
la mansión del misterio es el sepulcro».  
Un eco moribundo respondiome,  
y silencio, silencio repitieron  
los cóncavos helados de las tumbas.  
Se oscureció la Luna de repente,  
y un pálido fulgor cubrió la tierra,  
semejante al de antorchas suspendida  
en medio de un Panteón: y yo miraba,  
pasmado de terror, sin movimiento,  
de la tumba fatal aquel portento.  
Cuando un eco al de un ángel parecido  
hechicero sonó: «ven, ven conmigo  
ven, ven, a descansar infeliz joven:  
la tumba es el amor; aquí las almas  
en himeneo eterno, eternas viven;  
¡Ay! ¡ay! Por ti padezco hace diez años,  
ven, seremos felices, ven conmigo,  
esperándote estoy». Y yo miraba,  
pasmado de terror, sin movimiento,  
de la tumba fatal aquel portento;  
y vi de una mujer la vaga sombra,  
de una mujer que conocí en la tierra,  
y que profano labio nunca nombra.  
Y otra voz repitió: «ven hijo mío,  
ven te consolaré ¡qué infeliz eres!  
Tu alma no es de ese mundo, aquí es su centro:  
el lodo es del reptil». Un grito entonces  
quise dar y no pude, y la voz madre  
en mis labios se ahogó: y yo miraba,  
pasmado de terror, sin movimiento,  
de la tumba fatal aquel portento.  
Quedó todo en silencio nuevamente;  
se disipó el fulgor, como la llama  
de un astro consumido, y las tinieblas,  
la oscuridad fatal se condensaron.

Todo era noche y noche; uno por uno  
los astros de la esfera se extinguieron,  
como antorcha sin pábulo, y la tierra,  
y el cielo, y el espacio no formaron  
más que un lúgubre, denso, opaco abismo  
de tinieblas palpables a mis ojos.  
Me estremecí de horror: formas confusas,  
fábricas gigantescas del orgullo,  
cadáveres inmensos de los siglos,  
pueblos, generaciones, seres, hombres,  
cual rápido torrente descendían  
en la inapeable sima confundidos,  
y al caos daban ser... Un mortal frío  
cubrió todo mi cuerpo; mis sentidos,  
como de un largo sueño despertaron;  
miré y vi, con asombro, que la tierra  
al resplandor sereno de la Luna,  
mientras yo solitario cavilaba,  
como el callado asilo de los muertos,  
en silenciosa calma reposaba.

XXXI

MELANCOLÍA

Profunda melancolía  
en tu semblante se ve.  
—Calderón

Cuando en mi frente marchita  
la melancolía extienda  
su opaco velo, y mis ojos  
llenos de lágrimas veas:  
cuando los caros objetos,  
que en otra hora me recrean,  
y aun tus encantos divinos  
mire con indiferencia:  
no hagas caso, mi querida,  
que el pesar que me atormenta  
sobre mi faz un instante  
esparce sus sombras negras;  
luego a mi seno afligido,  
do sin cesar se apacentan

los pensamientos sombríos,  
silencioso se replega.

XXXII

LA NOCHE EN EL MAR

La noche lóbrega y triste.  
—Moreto

¡Oh noche! ¡oscuridad! del alma mía  
alimento precioso;  
tu majestad sombría.  
place a mi pensamiento borrascoso.

De anhelar con la turba fatigado  
los bienes mentirosos  
del mundo, deslumbrado  
me acojo en tus asilos misteriosos.

Y, arrojando de mí los viles lazos  
de las torpes pasiones,  
encamino mis pasos  
a menos vacilantes ambiciones.

En tu seno fecundo en armonía,  
sereno, o espantoso,  
busca mi fantasía  
asaz ocupación sino el reposo.

Tempestades naced, fragosos vientos  
dejad vuestras cavernas,  
y que los elementos  
quebranten sus murallas sempiternas.

Silben los huracanes inclementes,  
lanzándose furiosos,  
por los llanos fervientes  
de los inquietos mares espumosos.

Como el bravo guerrero en la batalla  
y ruidosa victoria,  
su ardor bélico acalla  
persiguiendo el fantasma de la gloria

O como águila audaz en las regiones  
mas allá de la tierra,  
burla los aquilones,  
y ni la horrible tempestad la aterra.

Así, ante el espectáculo imponente  
de la natura en juego,  
se complace mi mente;  
que allí se inflama de divino fuego.

Allí olvido deleites y pesares,  
y todo lo mundano,  
y sin temor de azares  
vuelo altivo, cual genio sobrehumano.

Y mirando de faz el universo,  
exento de conflicto,  
con sus genios converso;  
mi pensamiento vaga en lo infinito.

XXXIII

EN CELEBRIDAD DE MAYO

¡Libertad! ¡libertad! No más resuena  
por todo el continente.  
—Varela

Dadme la lira de oro  
¡Oh Musas! Al ingenio reservada,  
y con plectro sonoro,  
y con trompa no usada,  
cantaré de mi patria  
los triunfos y la gloria celebrada.

Cantaré las cadenas  
y la oprobiosa y dura servidumbre,  
que con infandas penas  
rompió, y la muchedumbre  
hollada de tiranos,  
que la razón fuscaban y su lumbre.

De mayo los portentos

escuchen las naciones admiradas,  
y a los ledos acentos,  
y a las voces sagradas,  
libertad y derechos,  
Treman del solio las soberbias gradas.

De mayo el sol parece,  
y en el Plata sus rayos reflejando  
los pechos enardece,  
súbito fecundando  
los gérmenes divinos,  
que al universo la natura ofrece:

Crecen y se derraman  
por todo el continente americano,  
y los pueblos se aclaman,  
libres ya, y el Indiano,  
sus cadenas hollando,  
se ostenta independiente y soberano.

Despareció del mundo  
el oprobio del hombre amancillado;  
el monstruo furibundo  
pereció conculcado,  
y de mayo la lumbre  
ha déspotas y tronos derribado.

¿Mas do la Musa mía,  
por entusiasmo, patrio enajenada  
vuela con osadía,  
y no oye la algarada,  
que en el foro se enciende;  
cual acorre la turba presurada?

Derrocaos a mi anhelo  
del espacio anchurosos valladares,  
cíñase el ancho suelo  
y los profundos mares;  
que hasta mi dulce patria  
mi vista enajenada extienda el vuelo.

¿Cómo cantar podría,  
en medio de los tronos degradados,  
los himnos de alegría  
en mi patria entonados,  
ni los sublimes votos

de seres libres al Olimpo alzados?

Sin vuestro puro aliento,  
libertad sacrosanta, se enmudece  
la lira, y tremulento  
el canto se oscurece,  
con las densas tinieblas,  
que el trono aciago al pensamiento ofrece.

Mas ya rasgose el velo,  
que tu sublime rostro me ocultaba  
¡Oh Patria! y desde el suelo,  
que el tosco Galo hollaba,  
tu gloria noble canto,  
y a tus sacros transportes me levanto.

Salud ¡oh sol fecundo  
en portentosos frutos!  
Salud, padre del mundo,  
que el germen infecundo  
del fanatismo y la opresión rompiste,  
y a la América diste  
libertad y derechos,  
y con tu inmensa lumbre  
los extendidos trechos  
del orbe iluminaste;  
que al Argentino tu fulgor prestaste.

En mayo venturoso  
el Argentino levantó radiosa  
su frente, y al instante  
sublimose del Indio el pensamiento,  
y triunfante y gloriosa  
la razón aparece,  
y la ominosa esclavitud perece.

Cantad, cantad ovantes  
de mayo el sol que asoma por la esfera;  
sus rayos centellantes,  
anuncian a la tierra  
de América el gran día,  
y del crudo tirano la agonía.

Sepúltase al abismo  
el soberbio dosel del ambicioso,  
confuso el despotismo,

y con mortal desmayo,  
en los antros se oculta del reposo,  
cuando tu faz ostentas,

¡Oh hermoso sol de mayo!  
Enajenado acorre el Argentino,  
y en tu rostro divino  
ve trazados con letras inmortales  
de su triunfo y su gloria los anales.

XXXIV

A MARÍA

A fortuna me traz peregrinando,  
novos trabalhos vendo e novos danos.  
—Camoës

Ya llegó el momento  
de pena y tormento  
para el alma noble que sabe sentir;  
llegó, dulce amiga,  
que siempre enemiga  
fortuna de nuevo me fuerza a partir.

Se fue mi ventura,  
como sombra oscura,  
quedome el recuerdo para más pesar:  
se fue mi esperanza,  
como la bonanza,  
del triste nauclero que vaga en el mar.

Sin faro, ni puerto  
quedé en un desierto,  
en la edad risueña de sentir y amar;  
la vida maldije,  
y a mi pena dije  
me voy a la tumba consuelo a buscar.

Mas, cándida y bella,  
como ángel o estrella,  
por acaso entonces, amiga, te vi;  
te vi, y de la vida  
la imagen florida

de nuevo hechicera se mostró ante mí.

Me distes el alma,  
y la suave calma  
descendió a mi pecho con el dulce amor;  
y en tu seno amante  
apuré constante,  
de inefables dichas, el grato dulzor.

Mas quiere fortuna,  
que gloria ninguna  
feliz y tranquilo, yo pueda gozar;  
pues ya mi ventura,  
en tiniebla oscura  
de enojosa ausencia, se vuelve a eclipsar.

Por nuevo camino  
me lleva el destino,  
sembrado de riesgos, tormentas y azar;  
sin que el tierno llanto  
de tu amor, un tanto  
su rigor injusto, consiga aplacar.

A mi alma no abate  
el fatal combate  
de inciertos acasos que voy a sufrir.  
la pena que siento,  
es ver que me ausento  
y te dejo sola llorar y gemir.

Yo aprendí temprano  
del pesar tirano  
con frente serena la saña a mirar;  
pero tú su triste  
furor no sufriste,  
ni el tormento fiero de no ver y amar.

Al crudo despecho  
no abrigo en tu pecho,  
amoroso y tierno, dulce amiga, des:  
acógete al ara  
de la imagen cara,  
que en tu seno siempre colocada ves.

«Él me ama» repite,  
cuando airado agite

en tu triste pecho, su dardo el dolor;  
«Él me ama, y suspira  
como yo, y delira  
de su dulce estrella buscando el fulgor».

«Duerme y sueña ahora,  
que yo encantadora,  
como ángel benigno, mirándole estoy;  
ora que amorosa  
la pena enojosa  
a ahuyentar de su alma con halagos voy».

«Ora las estrellas,  
contempla, y en ellas  
risueña y hermosa mi imagen cree ver;  
ora de las aves,  
en los trinos suaves,  
do quier halagüeña mi voz entender».

Mas ¡ay! que yo insano  
me dilato, en vano,  
buscando remedio para tanto mal:  
adiós; ya mi dicha  
se fue, y la desdicha  
de nuevo me espera con ceño fatal.

XXXV

COROS

FRAGMENTOS DE UN POEMA DRAMÁTICO

El canto de los espíritus, las bellas imágenes que inspiran, no  
son vanos prestigios.  
—Goethe

*I El genio de las tinieblas*

Fui engendrado y tuve el ser  
en un abismo profundo,  
y de allí vine del mundo  
a llenar la inmensidad:  
mi trono es de negras nubes,  
y mi poderío extenso,

abarca el círculo inmenso  
del ser y la eternidad.

Yo soy el alfa, el omega,  
el principio y fin que encierra  
cuanto en los orbes y tierra  
es, ha sido, existirá:  
todo, en los hondos abismos  
de mi imperio tenebroso,  
cual torbellino espantoso,  
confundido se hundirá.

Enemigo de la lumbre,  
mi cetro augusto levanto  
entre tinieblas y espanto,  
entre males y terror:  
yo a los misterios presido  
del infierno y de la muerte,  
y la alegría convierte  
mi influjo en llanto y dolor.

Yo los fugitivos pasos  
del parricida encamino,  
doy aliento al asesino,  
infundo al bueno pavor:  
torpes, inmundas caricias  
las sepulto en el misterio,  
y dirijo el adulterio  
al casto lecho de amor.

## *II Espiritu del aire*

El éter puro  
es la morada,  
do más se agrada  
mi puro ser;  
allí su trono  
tiene asontado,  
bajo azulado,  
blanco dosel.

Forma invisible,  
sutil criatura,  
de la natura  
potencia soy;

el vasto imperio  
del aire es mío,  
y a mi albedrío  
leyes le doy.

En claras alas  
de azul zafiro,  
mi vuelo giro  
yo sin cesar;  
doy a las auras  
su suave aliento,  
impelo el viento  
que agita al mar.

Mi esencia ocupa  
todo el espacio,  
desde el palacio  
del que fue y es:  
todo penetra,  
rige y absorbe,  
cuanto en el orbe  
aéreo ves.

### *III Espíritu del agua*

El mar insondable  
es el elemento,  
do tiene su asiento  
mi vasto poder;  
mi cetro potente  
desde polo a polo  
se dilata, y sólo  
se hace obedecer.

Arbitro absoluto,  
yo mando a las ondas  
de sus simas hondas  
soberbias salir;  
su tremenda mole  
sostengo en balanza,  
y hago a la bonanza  
grata sonreír.

Los ríos y mares  
los lagos, las fuentes,

y raudos torrentes,  
sujeto a mi ley;  
las aguas que lanzan  
las nubes del cielo,  
inundando al suelo,  
me tienen por rey.

#### *IV Espíritu del fuego*

La máquina portentosa  
del universo acabada,  
la natura sepultada  
yacía en noche y sopor;  
mas el fecundante labio  
se abrió y dijo omnipotente:  
la «luz sea» y brotó ardiente,  
y se animó a su fulgor.

Yo soy la fuente perenne  
inagotable de vida,  
que por el orbe esparcida,  
regenera la creación;  
mi soberano poder  
triunfa del genio nefando,  
que sin cesar va sembrando,  
la muerte y la destrucción.

De los despojos y escorias,  
que hacinando va él impuras,  
nuevos seres y criaturas  
saco en mi puro crisol:  
todo disuelvo y absorbo,  
todo penetro y animo,  
y hago fecundoso al limo  
con los rayos de mi sol.

#### *V El fuego fatuo*

Hijo brillante  
de impuro lodo,  
por raro modo  
yo tuve el ser;  
y las tinieblas  
puro me vieron,

y me acogieron  
desde el nacer.

Diéronme abrigo  
en sus guaridas,  
compadecidas  
de mi orfandad;  
y desde entonces  
yo vivo errando,  
y acompañando  
su soledad.

No temas nada  
de un desvalido,  
tú que perdido  
mueves el pie;  
soy inocente,  
ven, el camino  
de tu destino  
te alumbraré.

Mi vida es soplo  
de fuego vano,  
que vaga insano  
sin reposar:  
brilla en la noche,  
se encubre al día,  
con noche umbría  
vuelve a brillar.

Guarte; la noche  
de mil acasos,  
siembra los pasos  
del viajador;  
Guarte; en mil redes  
sus pies enlaza...  
Sigue la traza  
de mi fulgor.

Ven, si te place,  
más de un arcano,  
que ojo profano  
nunca alcanzó,  
verás, patente,  
cuánto misterio,  
bajo su imperio,

la noche crió.

La mortal venda  
que cubre infausta  
tu vista exhausta  
yo arrancaré;  
sigue mi lumbre,  
ven sin recelo  
tu ardiente anhelo  
yo colmaré.

XXXVI

COROS

(Fragmentos de un poema dramático)

Su la via che á morte guida  
nel Signor chi si confida  
col signor risorgera.  
–Manzoni

1

Mortal desdichado  
que vagáis sin tino,  
del crudo destino  
no os dejéis vencer:  
a tormenta horrible  
sigue la bonanza,  
la dulce esperanza  
no debéis perder.

El cielo piadoso  
los males contempla,  
las angustias templa  
del que sabe creer:  
poneos confiados  
en su mano amiga,  
veréis cual mitiga,  
vuestro padecer.

El que sufra, al cielo

levante su pecho,  
y verá deshecho  
su amargo dolor:  
de allí sólo manan  
balsámicos dones,  
que de las pasiones  
calman el ardor.

Infeliz del hombre  
que en pena y quebranto,  
no derrama el llanto,  
del justo varón;  
sumergido siempre  
en torpe delirio,  
su agua es el martirio,  
su pan la aflicción.

2

Venid, venid pecadores  
a seguir los resplandores  
de la sempiterna luz;  
ella es fuente de alegría,  
y de la noche sombría  
deshace el negro capuz.

Ella apareció en el mundo,  
y aterrada en el profundo  
se hundió la prole infernal  
tembló el infierno, y pasmado,  
vio por siempre encadenado,  
en sus abismos al mal.

Triunfó la luz de la vida  
de la legión homicida,  
que al universo oprimió;  
y asentando en él su imperio,  
de ominoso cautiverio,  
la humanidad redimió.

XXXVII

LAYDA

(Al señor General D. T. G.)

Fue como ninguna bella,  
y fue infeliz como todas.  
—Calderón

Where art thou, son of my love? The roar of the blast is  
around me. Dark is the cloudy night.  
—Ossian

*¿Dónde, hijo de mi amor, do estáis ahora? El  
rugido del viento me circunda, y la nublosa noche  
está sombría.*

1

Como cedro a las nubes sublimado,  
por huracán violento quebrantado,  
yace, despojo del destino impío,  
de mi arrogante juventud el brío:  
cual astro pasajero yo he brillado  
para extinguirme en mi temprana aurora.  
Ya el soberano canto no me inspira  
la musa celestial y encantadora,  
y mi enlutada lira  
con moribunda voz triste suspira.  
La harpa lúgubre sólo me ha quedado,  
y al son de sus acentos funerales  
quiero en mi soledad cantar mis males.  
Mas ¿qué imagen se ofrece hoy a mi mente?  
¿Qué nueva llama siente  
mi genio amortiguado ¡ardor sublime!  
y sale de repente  
del oscuro letargo que le oprime?  
Hierve mi pecho, como la onda airada  
por el viento frenético azotada,  
y en mi espíritu ardiente  
rebosa el canto de infortunio y gloria.  
Tú eres, Layda infelice; tu memoria  
mi corazón conmueve casi yerto,  
y en mis ojos las lágrimas retiemblan,  
como en la mustia yerba del desierto  
el matinal rocío,  
al pensar en tu angélica hermosura,  
en tu funesto amor y desventura.

Reina en torno el silencio de la muerte.  
Absorta en su dolor, y reclinada  
en sus brazos de nieve, semejante  
al ángel del sepulcro, yace inmoble;  
triste, como la Luna nebulosa,  
blanca, como azucena amortiguada,  
sobre el húmedo rastro de una huesa  
su hermosa faz se fija; allí está su hijo,  
el fruto del amor allí reposa  
en sueño sempiterno; ya no hay llanto  
en los ojos de Layda-; lo agotaron  
la angustia y el pesar, sólo quebranto  
a su afligido corazón dejaron.

«¡Cielo inhumano! en su despechodijo-,  
tus fatales decretos se cumplieron;  
ya cual humo fugaz se deshicieron  
mis esperanzas todas en un día;  
gózate en la obra impía.

¿De tu cólera injusta, y con mi muerte  
decreta el fin de mi ominosa suerte?  
¿Qué me vale la vida que me diste?  
¿De qué la gloria y el deleite puro  
del tierno amor que consagré a un perjurio?  
¿De qué mi juventud, si ni vestigios  
de mi dicha han quedado sólo existe  
aquí en mi corazón, la cruel memoria  
del bien perdido y la pasada gloria?  
Mas yo deliro, en mi dolor insano:  
Perdona, cielo justo; mira humano  
el trance en que me veo;  
amor fue mi enemigo, amor tirano,  
blanco infeliz de su tremenda saña,  
hizo mi triste pecho ¡a quién no engaña  
su seductor halago! Él revistiera  
de irresistible encanto al fementido  
que mi alma idolatró con fe sincera;  
él a amar me enseñó, y abandonada  
ora me deja a la inclemencia fiera  
de la pasión fatal que me devora.  
¿Y aquesta recompensa ha merecido  
mi extremado cariño? El mercenario  
al fin de la tarea su salario

recibe y va contento; el que labora  
con su sudor la tierra, aunque deshecho  
vea por lluvia larga su trabajo,  
vive con la esperanza satisfecho;  
y yo infelice, de mi amor en pago,  
de tanto amor, tan sólo he recogido  
un fruto que murió... Tú que el reposo  
gozas eterno, do no alcanza el llanto,  
tierna flor en su oriente marchitada,  
recibe de tu madre infortunada,  
el postrimer adiós, hijo querido».

3

«Cubrid con verdoso helecho,  
fresca rosa y mutiflor,  
cubrid el plácido lecho  
donde reposa mi amor.»

Tú estás dormido  
en suave lecho,  
mientras mi pecho  
sufre de amor,  
hijo querido  
tú vas al cielo,  
mientras yo velo  
con el dolor.

Mientras tu madre  
vive penando,  
tú estás gozando  
gloria eternal;  
y por tu padre  
mientras yo lloro,  
y al cielo imploro,  
tú ves mi mal.

De la inocencia  
he aquí el asilo;  
pasa tranquilo  
tú viajador:  
no tu clemencia,  
tu ruego ahora  
la tumba implora  
de un pecador.

Yace aquí el fruto  
de la ternura,  
la llama pura,  
de amor le dio,  
pagó el tributo,  
y de mis brazos  
a los regazos  
de Dios voló.

Del alba al riego,  
así la rosa  
nace pomposa,  
exhala olor;  
mas sale luego  
el sol ardiente,  
y de su frente  
muere el frescor».

4

Dónde irá Layda, adónde  
llevará su dolor y desconsuelo;  
nadie se apiada de su triste duelo;  
nadie en la tierra a su clamor responde.  
Do quiera vuelve sus inquietos ojos  
halla sólo los míseros despojos,  
que le dejó el amor; do quier vestigios  
de glorias y ventura que pasaron,  
do quier caros objetos que le dicen,  
con voces penetrantes, de amargura:  
«Aquí fuiste feliz, aquí gozaste,  
en brazos del amor y la ternura,  
deliciosos momentos que volaron,  
y para ti por siempre se acabaron».

5

Ya el astro de la noche derramaba,  
sereno y melancólico su lumbre,  
sobre la triste tierra, y muchedumbre  
de fúlgidos diamantes esparcidos  
en su diáfano velo rutilaba.  
La noche era apacible, y los alientos

de los tranquilos vientos,  
suavemente lamían  
las corrientes del Plata que dormían;  
mientras, tendido al aire el ancho lino,  
un bajel se alejaba  
arando suave el líquido Argentino.  
Sentada Layda en la soberbia popa,  
sola con su dolor, al desvarío  
de su afligida mente se entregaba,  
y su vista espaciaba  
por el cristal sereno del gran río,  
do gozosa la Luna se miraba,  
y en piélagos de luz lo transformaba.  
Su cabellera airosa,  
de color de azabache, ondeaba al viento,  
y sus ojos hermosos,  
cual astros macilentos y radiosos  
en la cándida frente de la noche,  
sobre su tez nevada relucían;  
en tanto que la oscura  
sombra de la tristeza  
los divinos encantos y pureza  
velaba de su angélica hermosura.  
Los tristes y sombríos pensamientos  
se agolpaban veloces a su mente,  
como las negras nubes en la esfera,  
en tempestuosa noche, lastimera,  
azotadas del ábrego inclemente.  
Un trueno retumbó, y Layda entonces,  
con voz que enterneciera aún a los bronces  
exclamó en su aflicción; mientras volaba,  
separando el corriente cristalino,  
en las alas del viento el frágil pino.

6

«Mi alma fenece con el grave peso  
del infortunio, y en la tierra no halla  
mi corazón, para aliviar su herida,  
bálsamo dulce.»

Crudo el destino deshojó en un día  
las flores todas de mi vida ufanas;  
diolas al viento, y me dejó desnuda  
de toda gloria.

Do quiera miran mis cansados ojos  
duelo tan solo y confusión encuentran,  
y nada, nada, que a mis ansias pueda,  
darles consuelo.

Lágrimas tristes de dolor ardientes,  
estéril llanto sin cesar derraman;  
buscan en vano, y ni aún la luz divisan  
de la esperanza.

Árido yermo para mí es la tierra:  
el tierno fruto de mi amor funesto  
yace en la tumba, y el que reina en mi alma  
mis ansias no oye.

Y el diáfano horizonte se cubría  
de capuz tenebroso; centellaba  
flamífero el relámpago en su seno,  
y sordísono el trueno retumbaba.

¡Oh si me oyera! ¡Como de su amante  
enjugaría el ominoso llanto!  
¡Como en su pecho palpitante, tierno  
me estrecharía!

¡Como al mirarme, en mi tormento fiero,  
tal vez lloroso, arrepentido acaso,  
«Te amo cual nunca, me diría, hermosa  
Reina de mi alma!»

«Ven, dulce dueño, fugitivo ingrato:  
yo te perdono; vuelve y con tu vista,  
la infausta noche que circunda a mi alma,  
grato disipa.

Vuelve a mis brazos; con tu dulce halago  
se irán, cual humo, las angustias mías;  
y amor delicias nos dará en su copa,  
cual otro tiempo».

¡Vano delirio! Mis cansadas voces  
se lleva el viento; a los suspiros míos  
nadie responde, más que el ronco acento  
de la onda airada.

Y el diáfano horizonte se cubría  
de capuz tenebroso; centellaba  
flamífero el relámpago en su seno,  
y sordísono el trueno retumbaba.

Ya el trueno infausto, en las lejanas nubes,  
con voz horrenda mi dolor proclama;  
y el cielo, envuelto en denegrido manto,  
mi duelo anuncia.

Ya el astro hermoso de la noche oculta  
su mustia frente entre tinieblas densas,  
y el universo se conjura a un tiempo  
contra mí triste.

¿Qué esperas Layda en tu desdicha acerba?  
¿A qué demandas? ¿Repitiendo no oyes  
lúgubres voces por el aire, vagas?  
«Muerte, sepulcro».

Fieros ministros de la tumba os oigo;  
ya voy do quiere mi funesta suerte:  
auras veloces mi postrer suspiro  
gratas llevadle.

Decidle el llanto que mis ojos vierten,  
las crueles ansias que mi pecho sufre;  
pedidle sólo para Layda alguna  
lágrima tierna.

7

Cesó Layda sus míseras querellas:  
y el trueno retumbaba, y tumultuosas  
las olas azotaban poderosas  
los flancos de la nave, que impelía  
con ímpetu veloz airado el viento.  
La tempestad sonora en un momento  
se enseñoreó del mundo; las estrellas  
y la Luna y el cielo recatando  
fueron su opaca luz, y a fuer de montes  
lanzaban los sombríos horizontes  
escuadrones de nubes, que rodando  
con horrísono estruendo por la esfera,  
hacían retemblar en su hondo asiento,

el sólido terráqueo pavimento.  
Se encapotó el cenit, con ceño torvo  
miró el cielo iracundo  
al angustiado mundo;  
el trueno retumbando  
se acercó más y más, y rebramando,  
sus resonantes alas sacudieron  
frenéticos los vientos, y azotaron  
las corrientes del Plata que se hincharon.  
Todo fue horror entonces; levantaba  
el río soberano embravecido  
su aterrador bramido,  
y al sonoro rugido de los vientos,  
de los truenos y rayos lo mezclaba  
con el ímpetu ciego de un torrente,  
de su hidrópico seno vomitando  
sobre las ondas, ondas, que espumeando,  
el límite asaltaban prepotente,  
bramaban, se agitaban, resurtían  
y con nueva pujanza lo embestían.  
Los eléctricos fluidos se chocaban,  
ardía cual hoguera, el firmamento,  
y con más rapidez que el pensamiento,  
los rayos y los truenos se seguían,  
y rugiendo estallaban,  
y en la tierra, en el aire o en las aguas  
su abrasadora llama sepultaban.  
En vano fiaron las soberbias naves,  
que poblaban los senos del gran río  
en sus áncoras férreas; la tormenta,  
con impetuoso brío,  
las levantó en sus hombros, y bramando  
dio con su presunción en los escollos,  
o las sorbió por siempre, derramando,  
para triste espectáculo a los ojos,  
por la playa arenosa y extendida  
de su tremenda seña los despojos...

8

Nuncia de la mañana, astro del día,  
alma del universo y alegría;  
y tú Luna apacible, compañera  
de las almas sensibles y amorosas;  
ya no veréis del Plata en la rivera

resplandecer de Layda la hermosura.  
Llorad ninfas del Plata generosas  
lágrimas de dolor y de ternura;  
se marchitó la flor más bella y pura  
de vuestro sacro río; el débil pino,  
que llevaba a otro suelo su destino,  
despojo fue de las airadas ondas;  
dióle el gran río en sus entrañas hondas  
digno sepulcro, y con ligero vuelo  
se sublimó su espíritu divino,  
desdeñando la tierra, al alto cielo  
murió como la rosa de los campos,  
privada del balsámico rocío,  
y que deshoja el soplo del estío,  
cuando su pompa a desplegar empieza.  
Se agostó, cual se agosta la esperanza,  
el deleite, el amor, y la ventura.  
Así también, a la inclemencia dura  
de la suerte enemiga, amortiguada  
siento mi juventud; pronto el viajero  
contemplará, con ojo indiferente  
mi losa funeral, y sepultada,  
por la mano del tiempo en el olvido,  
Layda infelice, quedará la gloria  
del Bardo que consagra hoy afligido,  
este fúnebre canto a tu memoria.

FIN